



Richard Simonetti

No
Peques Mas!

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

¡NO PEQUES MÁS!

Richard Simonetti

ÍNDICE

PARA EVITAR AGUJONES	5
1.- LA VERDADERA PUREZA	7
2.- EL BIEN Y EL MAL	13
3.- REUNIÓN MEDIÚMNICA EN EL TABOR	18
4.- EL CREYENTE QUE NO CREE	26
5.- EL BARULLO DE LA VERDAD	31
6.- HÉROES Y BANDIDOS	36
7.- SEGUIR AL CRISTO	41
8.- EL SÍNDROME DE MARTA	46
9.- TEJADO DE VIDRIO	51
10.- EXORCISMO	55
11.- LAS OBRAS DE DIOS	62
12.- INSERVIBLES GRANEROS	69
13.- ¿TENÍA QUE OCURRIR?	75

¡No Peques Más!

El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza.

Si interroga a la conciencia sobre sus propios actos, se pregunta a sí mismo si no violó esta ley; si no ha hecho mal y si hizo todo el bien que podía; si despreció voluntariamente alguna ocasión de ser útil; si alguien tiene quejas de él; en fin, si hizo a otro lo que hubiera querido que hicieran por él.

...Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar para combatir las. Todos sus esfuerzos tienden a poder decir de sí mismo al día siguiente, que hay en él alguna cosa mejor que en la víspera.

Allan Kardec, *El Evangelio según el Espiritismo*, capítulo XVII

PARA EVITAR AGUIJONES

Dice un viejo refrán español:

“De hombres es errar; de bestias, en el error perseverar.” En la irreverente versión brasileña sería así:

“Errar é humano; perseverar no erro é burrice.” Ambas expresan una realidad.

Hay algo de bestial y asinino en esas derrapadas existenciales que van caracterizando el espíritu humano, a lo largo de los siglos, en el suceder de las reencarnaciones.

Admisible la presión del bruto que reside en nosotros, reconociendo la expresión española. Estamos más cerca de la animalidad que de lo angelical.

Pero, insistir en el error, incluso cuando tenemos consciencia de estar haciendo una tontería, está más para la versión patricia.

Pienso en eso, al examinar las lecciones de Jesús.

¡Dios mío! ¡Es todo tan claro, tan evidente!

En sus principios básicos, el Evangelio es un prodigio de objetividad.

Tiene la simplicidad de la sabiduría auténtica y la profundidad de la verdad revelada.

Se lamenta que, a pesar del contacto milenario con sus excelencias, la Humanidad persiste en los mismos errores, en los mismos atentados a las leyes divinas, configurando el llamado pecado.

La base de todo aprendizaje extendido a lo largo de los siglos, sedimentando en nosotros la enseñanza evangélica, se manifiesta en la profundidad de nuestra consciencia, sugiriendo, en la intimidad de nuestro ser, que resistamos a las tendencias inferiores.

No obstante, marcamos paso en este sentido, a la manera del mamífero perisodáctilo, el vulgar burrito, cuando no prosigue...

En su bondad, Jesús nos revela las debilidades. Y a cada experiencia reencarnatoria, en el retorno a las luchas humanas, repite la advertencia

¡No Peques Más!

que, quiera los cielos, nos dispongamos a atender por completo, algún día:

- ¡No peques más!

En estas páginas el apreciado lector encontrará la secuencia de los comentarios que vamos desarrollando en torno de Jesús:

- “Paz en la Tierra”, del nacimiento al inicio de su apostolado.
- “Levántate”, primer año.
- “Tu fe te salvó”, segundo año.

No puedo afirmar que este libro envuelva el tercer año, por la dificultad en establecerse una cronología precisa de los acontecimientos que marcaron la trayectoria del misionario divino.

Tal vez estemos más cerca de la realidad considerando que algunos de los pasajes aquí relatados ocurrieron aun en el segundo año y, parte de ellas, en el tercer año.

Considera, amigo lector, que no estás delante de una exegesis evangélica, con rigores analíticos e históricos.

Mi intención es solamente ofrecerte la oportunidad de meditar en torno a las lecciones y episodios sugestivos, aquellos que repercuten más intensamente en nosotros, cuando en ellos nos detenemos, ayudándonos a “desempaquetar”, sin necesidad de interferencia del Dolor, esa maestra severa que no deja impune nuestros pecados.

Bauru, junio de 2001

1.- LA VERDADERA PUREZA

¿Cuál es la finalidad de la existencia?

¿De dónde venimos?

¿Qué hacemos en la Tierra?

¿Para dónde vamos?

Estas dudas inspiran, desde siempre, especulaciones teológicas y filosóficas.

El mérito de la Doctrina Espírita, en este particular, es el contacto con la espiritualidad, ofreciéndonos una visión objetiva de los destinos humanos, sin fantasías.

Aprendemos que la principal finalidad de la jornada terrestre es nuestra evolución, con la conquista de valores de cultura y virtud, el camino de una comunión auténtica con Dios, la meta suprema de nuestras almas. Dolores, tribulaciones, dificultades, problemas que aquí enfrentamos, son parte del aprendizaje.

Cuando lijemos las imperfecciones más groseras podremos dejar esas “lijas gruesas”. Iremos a habitar planos más altos del Infinito.

La religión representa un atajo en esta jornada, a medida que tenemos más consciencia de la presencia de Dios, estimulándonos a la Virtud y al Bien.

Hay un problema:

Tendemos a corromper la actividad religiosa con el formalismo, los ritos y los rezos...

Más fácil aparentar virtud; menos apetecible ejercitarla. Eso era común en los tiempos de Jesús, principalmente entre los fariseos.

Juzgaban que compadecer en la sinagoga, hacer sacrificios de animales y aves, ofrecer el diezmo, cumplir las disciplinas del culto, respetar el sábado, ayunar y observar otras prácticas formales, era suficiente para

tener la consciencia tranquila y merecer las gracias de Jehová.

Si surgían problemas en la comunidad, en virtud de comportamiento pecaminoso o falta del cumplimiento de los textos sagrados, se realizaba un culto especial, donde, por fuerza de sortilegios, los pecados de los fieles eran transferidos para el macho cabrío que sería sacrificado.

Moría la bestia, sacrificada por la bestialidad humana.

De ahí la expresión chivo expiatorio, cuando se pretende conseguir a un inocente para pagar por culpas ajenas.

En el tiempo de Jesús, había el ritual de lavar las manos antes de las comidas.

Dirá el lector que se trata de algo saludable. Las manos son repositorios de bacterias...

Pero no era esa la intención, incluso porque no había la mínima noción sobre la existencia de los microorganismos. Se trataba de una mera practica ritualista. Por eso mismo, en las regiones donde había escasez de agua, se hacia el lavado de arena.

Se usaba la arena para sustituir el precioso líquido. En el aspecto de higiene, sería preferible no hacer nada.

Ritual desagradable. Se debía bañar las manos dos veces, hasta las muñecas. En la primera eran retiradas las impurezas. En la segunda, las gotitas residuales contaminadas. Después, estaban levantadas, hasta secarse.

Mera tradición de los antiguos, se hizo una práctica habitual que se debía observar con rigor.

La mayor divergencia de Jesús con el judaísmo dominante era esa intransigencia. El Maestro reiteraba que los aspectos exteriores de la religión son secundarios.

Importa el esfuerzo de renovación, el esfuerzo por cumplir la voluntad de Dios, amando y sirviendo al semejante.

Frecuentemente se aproximaban escribas y fariseos, enviados por las autoridades religiosas de Jerusalén, a fin de vigilar sus acciones.

Jesús realizaba prodigios y transmitía enseñanzas que contrariaban la

orientación mosaica. Era necesario tener cuidado. Aquel galileo, que muchos creían el Mesías, podría alterar el orden religioso.

Acompañando sus pasos, durante el ministerio de Galilea, constataron, de pronto, una falta “gravísima”:

Los discípulos del nazareno no se sometían al ritual de las manos. Tal vez hasta se lavasen, pero superficialmente, sin cumplir los preceptos.

¡Tantos asuntos importantes, tantas lecciones que aprender con el mensajero divino, y he aquí un bando de fanáticos preocupados con las formalidades, envueltos en ridículas querellas!

Mateo, 15:1-11

Marcos, 7:1-23

Y preguntaban:

- *¿Por qué transgreden tus discípulos la tradición de los más viejos? Pues no se lavan las manos cuando comen.*

Respondió Jesús:

- *¿Y por qué vosotros transgredís el mandamiento de Dios, por causa de vuestra tradición? Moisés enseñó:*

“Honra a tu padre y a tu madre y quien maldiga al padre o a la madre sea castigado con la muerte.”

Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre o a la madre: Es ya ofrenda mía a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, y ya no deberá honrar a su padre o a su madre con socorro. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo:

Este pueblo de su boca se acerca a mí y de labios me honra, pero su corazón lejos está de mí. Pero en vano me adoran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

Honrar al padre y a la madre implicaba no solamente respetarlos, sino también, darles amparo y asistencia en la vejez. Sin embargo, para liberarse de esos encargos, ciertamente varios de aquellos que preguntaban, situaban sus bienes como korbán, esto es, constituían ofrecimientos al templo. Podrían ser utilizados para lo que desearan,

¡No Peques Más!

menos para darlos a los padres. Así, se sentían libres de ampararlos en la vejez, a pesar del precepto divino.

Más interesante y económico cumplir el korbán.

Con envidiable conocimiento de las escrituras, Jesús expuso los defectos de los escribas y fariseos.

Como siempre buscaron allí y salieron criticados.

Volviéndose para la multitud, Jesús anunció una de sus enseñanzas más importantes:

- *Escuchadme todos y entended: No es lo que entra por la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de ella, es eso lo que contamina.*

Más tarde, conversando con los discípulos, explicó:

- *¿No entendedís todavía que todo lo que entra en la boca, va al vientre, y es echado en la letrina? Mas lo que sale de la boca, del mismo corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos: las prostituciones, los robos, los homicidios, los adulterios, la codicia, la malicia, la mentira, los excesos, la envidia, la calumnia, el orgullo y la locura; todas esas cosas proceden de dentro y contaminan al hombre.*

La peor contaminación no está en lo que comemos, que atiende a las necesidades del organismo, con la eliminación de los residuos.

¡Viene del corazón!

Derrama lo que está dentro de nosotros.

Se realiza en tres estadios:

- Sentir – la reacción a los estímulos exteriores.
- Pensar – la consciencia de lo que sentimos.
- Hablar – la verbalización de lo que pensamos.

Ejemplo típico: nuestro comportamiento delante de las injurias, a partir de sentimientos negativos que viven en nosotros:

- Primer estadio:

Gran rabia.

- Segundo estadio:

Pensamientos hostiles.

- Tercer estadio:

Descontrol emocional, palabrotas, ofensas, agresividad.

¡Vino todo del corazón!

Una reacción de esta naturaleza no está subordinada al mal que nos hagan. Nace de los sentimientos que movilizamos, de manera cómo reaccionamos.

Hay personas que agravan tanto el resentimiento, en la locura instantánea de quien no tiene el mínimo control sobre las emociones, que pueden sufrir un colapso fulminante.

Otros experimentan contaminación cumulativa.

Las pequeñas irritaciones, las ofensas no olvidadas, los pensamientos negativos, palabreado vulgar, envenenan lentamente nuestra alma, con reflejos en lo físico y psíquico, dando origen a males variados.

A partir de la observación de Jesús, podemos definir cómo andamos espiritualmente, analizando nuestros pensamientos. Ellos informan con precisión cuales son los inquilinos de nuestro corazón.

En El Evangelio según el Espiritismo, Allan Kardec hace una interesante colocación en el capítulo VIII, anunciando tres actitudes reveladoras:

* No pensamos en el mal.

Gran progreso. Estadio superior.

Encontramos una cartera llena de dinero, una pequeña fortuna. Inmediatamente decidimos:

- Necesito encontrar al dueño.

* Pensamos en el mal, pero lo rechazamos. Progreso relativo. Estamos en camino.

¡No Peques Más!

Delante de la cartera, divagamos:

- ¡Qué bien! Es suficiente para el viaje de mis sueños... Nos sentimos tentados a quedarnos con ella.

Pero la conciencia vence:

- Buscaré al dueño.

* Pensamos en el mal y nos complacemos. Sentido moral escaso.

Nos apropiamos inmediatamente de la cartera, justificando:

- ¡Dinero perdido es de quien lo encuentra! Raros se sitúan en la primera categoría.

Si solamente pensásemos en el Bien, si fuese puro nuestro corazón, no estaríamos en la Tierra.

Resta saber si el mal que albergamos nos incomoda; si estamos preocupados por identificarlo; si empleamos nuestro mejor esfuerzo para eliminarlo.

¿O no pensamos en eso?

Si alimentamos ideas de envidias, maliciosas, viciosas, agresivas y todo lo demás que nos torna impuros, tenemos una larga jornada por delante.

Pruebas así nos demuestra una valoración importante, que debemos efectuar con frecuencia:

¿Estamos asimilando los valores de la religión, buscando la verdadera pureza, o la encaramos como una mera formalidad, con el propósito de atender nuestras conveniencias, como lo hacían los fariseos?

2.- EL BIEN Y EL MAL

Un amigo, estudioso de los textos evangélicos, me sorprendió, afirmando:

- Jesús era un peripatético. Censuré su irreverencia.
Él sonrió.

Mateo, 16:13-23

Marcos, 8:27-33

Lucas, 9:18-22

- Se trata del maestro que enseña andando. Viene de la experiencia de Aristóteles, que discutía ideas y transmitía instrucciones, caminando con sus discípulos.

Jesús, sin duda, cultivaba el peripatetismo. Viajaba con frecuencia. Visitaba muchas ciudades. Largas caminatas... podían durar semanas. Siempre orientando al colegio apostólico.

Enseñanzas importantes eran transmitidas durante los viajes.

Después del esclarecedor dialogo con los representantes del judaísmo, Jesús estuvo en la región de Tiro y Sidón, en Fenicia.

Prosiguiendo, atravesó el territorio de Decápolis, formado por diez ciudades griegas.

Siempre atendiendo a la multitud, curando enfermos y enfrentando los discursos violentos de sus adversarios, que intentaban comprometerlo con las autoridades o con el pueblo.

Estuvo, también, en Cesarea de Filipo, una pequeña localidad al norte de Palestina, en un valle verde, homenaje a Cesar Augusto, por Filipo, el gobernador judío nombrado por Roma para la Tetrarquía de Galilea. Era así denominada para distinguirla de otra Cesárea, edificada por Herodes, el Grande.

En dado momento, Jesús preguntó a los discípulos:

¡No Peques Más!

- *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?*

Usaba con frecuencia esta expresión, refiriéndose a sí mismo.

Anticipaba que lo situarían como Dios encarnado, y dejaba bien claro su condición. Era hijo del Hombre, un ser humano.

Ellos respondieron:

- *Unos dicen que eres, Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.*

¡Interesante, amigo lector!

Si el pueblo judío admitía que Jesús era alguien importante de la historia judaica, obviamente aceptaba la reencarnación.

En cuanto a Juan Bautista, mucha gente no distinguía al Mesías del profeta que lo anunció, creyendo que se trataba de la misma persona.

Después de escuchar las referencias de los discípulos, preguntó Jesús:

- *Y vosotros, ¿quién decís que soy?*

Simón Pedro se adelantó:

- *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Vivo.*

Jesús lo felicitó:

- *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos...*

La expresión Cristo significa ungido, escogido para orientar y conducir. Anunciado por los profetas, el mensajero divino era aguardado desde hacía siglos por el pueblo judío.

En aquel exacto momento, inspirado por la Espiritualidad Mayor, Simón Pedro hacía una importante proclamación: ¡Jesús era el Cristo!

Sin embargo, los prodigios realizados y la belleza de sus principios, el Maestro no sería aceptado por el liderazgo judaico. Esperaban a alguien de espada en mano para elevar a Israel al dominio de todas las naciones.

Jamás admitirían a un Mesías que exaltaba la paz, no la guerra; el amor,

no el odio; el perdón, no la venganza, con un mensaje universalista que pretendía hermanar a todos los pueblos.

Perfectamente consciente de eso, Jesús afirmó, en una asombrosa profecía, anticipando lo que enfrentaría:

- *Es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y sea desechado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.*

Sus afirmaciones causaron impacto.

Los discípulos creían la llegada del Reino de Dios como una conquista material.

Imaginaban que, en el momento oportuno, Jesús convencería a los incrédulos y sometería a los poderosos a su voluntad soberana.

¡Sin embargo, he aquí hablando de lágrimas, sacrificios, muerte!..

Simón Pedro reclamó:

- *¡Dios no lo permita, Señor! ¡Eso de modo alguno ocurrirá!*

Jesús respondió, vehemente:

- *¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres estorbo; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres.*

El episodio reserva una preciosa lección:

En un momento, Simón Pedro sitúa a Jesús como el mensajero divino. Luego, rápidamente, perplejo delante de sus revelaciones, pretende contestarlo.

Las reacciones de apóstol expresan con fidelidad una de las grandes contradicciones de la personalidad humana:

La facilidad con que cambiamos el ánimo, oscilando entre el Bien y el mal, la Luz y las sombras, la Virtud y el vicio...

Ese dualismo, siempre presente en nuestro comportamiento, impone serias dificultades al relacionamiento con las personas, anulando las más

¡No Peques Más!

bellas oportunidades de edificación de la jornada humana.

Bajo inspiración del Bien, construimos templos religiosos e instituciones filantrópicas; bajo influencia del mal, nos transformamos en arenas de disputas y desentendimientos.

Bajo inspiración del Bien, edificamos el hogar, pretendiendo sustentar las flores de un amor sin fin, extendiéndose por bendecida prole; bajo influencia del mal, nos perdemos en agresiones y omisiones, en deserciones y traiciones, que aniquilan nuestras mejores esperanzas.

Bajo la inspiración del bien, nos entusiasmos con los propósitos de seguir a Jesús: bajo la influencia del mal, nos perdemos en vicios y males que nos colocan al margen de su camino.

No es necesario un gran esfuerzo de raciocinio para comprender ese desvío. Porque buscamos la luz y, frecuentemente, estamos en tinieblas.

La causa es el egoísmo, que nos lleva a desear que todo gire en torno a nuestra personalidad, al sabor de nuestras conveniencias, como si fuésemos el centro del Universo.

Hacemos de él la medida de la vida.

Imaginamos bueno lo que corresponde a nuestras expectativas. Consideramos malo lo que nos es contradictorio.

Por eso, los peores momentos están siempre relacionados con nuestras frustraciones.

- Estoy angustiado – papa no me atiende.
- Estoy irritado – la esposa no me entiende.
- Estoy resentida – el marido olvidó mi aniversario.
- Estoy arrasado - el compañero fue ascendido por delante de mí.
- Estoy furioso – el jefe censuró mi trabajo.
- Estoy sin creer – el Señor no escuchó mis oraciones.

Incluso como discípulo de Jesús, estamos dispuestos a seguir sus ejemplos de fraternidad y amor, tolerancia y bondad, siempre y cuando, que nadie nos contradiga. Si eso acontece, inmediatamente contrariamos

el Evangelio.

De ahí nuestra inestabilidad emocional, la dificultad de sustentar la paz. Por eso, el programa básico de nuestro equilibrio envuelve un ajuste de nuestros sentimientos.

Mucho más importante que exigir el atendimento de nuestros caprichos es atender a la voluntad de Dios, expresada en el Evangelio.

Y si nos entusiasmos con la grandeza de Jesús, manifestando disposición en seguirlo, no nos olvidemos que el camino del Cristo es de trabajo, renuncia y sacrificio de nuestros intereses personales a favor del bien común.

En caso contrario, a semejanza de Simón Pedro, fácilmente seremos envueltos por las sombras, tropezando en nuestros propios males.

3.- REUNIÓN MEDIÚMNICA EN EL TABOR

Mateo, 17:1-13

Marcos, 9:2-13

Lucas, 9:28-36

Cuando Jesús dijo que moriría en Jerusalén, los discípulos quedaron preocupados. Hasta entonces era todo fiesta – viajes, multitudes, prodigios...

No estaban preparados para una revelación de aquella naturaleza.

La propia reacción de Simón Pedro demostró que aún no entendían las excelencias del Evangelio, ni los sacrificios a que deberían someterse.

Así, retornando de Cesárea de Filipo, Jesús consideró que sería provechosa una reunión mediúmnica para reanimarlos.

Tal afirmación sonaría extraño al lector no familiarizado con el asunto.

¿¡Reunión mediúmnica!?

¿No fueron instituidas por el Espiritismo, diecinueve siglos más tarde?
Negativo.

El contacto con el Más Allá siempre existió, desde las culturas más antiguas, envolviendo grupos e individuos.

En el tiempo de Moisés había tantos abusos que él decidió prohibir el intercambio. Eso está registrado en dos libros del pentateuco mosaico.

Levítico, 19:31:

No os volváis a los médiums y a los adivinos; no los consultéis ensuciándoos con ellos...

Deuteronomio, 18:10-11:

No sea hallado en tu tierra quien haga pasar su hijo o su hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a pitón, ni mago, ni quien pregunte a los muertos.

Impertinentes contestadores del Espiritismo se pegan a esa prohibición,

lo que es una tontería.

Moisés legislaba para sus contemporáneos.

Sus orientaciones iban al pueblo judío, en determinado tiempo, no para la Humanidad, en todos los tiempos.

Si alguien pretende cumplir esa orientación, todo bien. Solo que, por coherencia, debe observar toda la legislación mosaica.

Algunos ejemplos:

- * *Los hijos deben pagar por los pecados de los padres.* (Éxodo, 20:5)
- * *Quien trabaje el sábado será muerto.* (Éxodo 35:2)
- * *Animales y aves serán sacrificados, sangre esparcida sobre los altares, atendiendo a variados objetivos.* (Levítico, capítulos I a VII)
- * *Cuando muera el hombre sin dejar descendientes, su hermano deberá casarse con la viuda.* (Deuteronomio, 25:5)
- * *Los hijos desobedientes y rebeldes, que no escuchen a sus padres y se comprometan en el vicio, serán apedreados hasta la muerte.* (Deuteronomio, 21:18-21)
- * *Es prohibido comer carne de puerco, liebre y conejo.* (Levítico, 11:5-7)
- * *El homosexualismo será castigado con la muerte.* (Levítico, 20:13)
- * *La zoofilia sexual será castigada con la muerte.* (Levítico, 20:15-16)
- * *La relación sexual durante el periodo menstrual de la mujer será castigada con el destierro del matrimonio.* (Levítico, 20:18)
- * *Deficientes físicos están prohibidos de acercarse al altar del culto, para no profanarlo con su defecto.* (Levítico, 21:17-23)
- * *El leproso debe ser segregado de la vida social, viviendo en asilamiento.* (Levítico, capítulo 13)
- * *Los adúlteros serán apedreados hasta la muerte.* (Deuteronomio, 22:22)
- * *La blasfemia contra Dios será castigada con el apedreamiento, hasta la muerte.* (Levítico, 24:15-16)

¡No Peques Más!

En cuanto a la mujer, en particular:

* *Menstruación, no debe tener contacto con nadie, dado que está impura.* (Levítico, 15:19:27)

* *Al dar a luz un niño quedará impura por 40 días. Si es una niña, quedará impura por 80 días.* (Levítico, 12:1-5)

* *La novia que simula la virginidad al casarse será apedreada hasta la muerte.* (Deuteronomio, 22:21)

* *Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si después no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa torpe, le escribirá carta de repudio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa.* (Deuteronomio, 24:1)

* *Cuando dos hombres discutan y la mujer de uno de ellos, interfiriendo en la discusión, avergüenza al adversario, le cortarás la mano.* (Deuteronomio, 25:11-12)

Si las piadosas representantes de movimientos pentecostales, tan aferradas en la Biblia, tuvieran conocimiento de lo que hay contra ellas en el Viejo Testamento, ciertamente quedarían horrorizadas.

Cualquier persona de buen sentido sabrá que esas orientaciones están totalmente superadas, mero folclore para nuestro tiempo.

Ahora bien, ¿Por qué la prohibición en cuanto a la evocación de los muertos es inamovible?

Estaba bien en el tiempo de Moisés, para limitar los excesos del pueblo. No tiene nada que ver con nuestro tiempo, principalmente a partir de la Doctrina Espírita, que educa el intercambio con el Más allá.

Otro detalle:

Las personas que combaten el Espiritismo, apeándose a los textos bíblicos, proclaman ser imposible el contacto con los muertos.

Contradicen al propio Moisés, que, al prohibirlo, pasó pruebas de que es posible. Inútil legislar sobre lo imposible.

Ejemplo:

Prohibir al hombre mover las alas.

Había abusos, lo que ocurre aun hoy – la vieja tendencia de apelar a los

Espíritus para resolver problemas inmediatistas. Fue por eso por lo que Moisés adoptó la medida extrema.

Convengamos que hubo un exceso de cuidado, algo como suprimir el pase magnético en el Centro Espírita, porque existen los “papa-pases”, que hacen de ese beneficio una rutina.

Las personas deben ser orientadas en relación con los excesos, jamás impedidas de buscar los recursos espirituales.

El error de Moisés fue corregido por Jesús, que reinstuyó el contacto con los muertos. Incluso después de su muerte, cultivó el intercambio, materializándose delante de los asombrados discípulos.

La reunión mediúmnica que Jesús se propone realizar ocurrió en lo alto de un monte, probablemente en el Tabor, que está al sudeste de Nazaret.

Estaban presentes Simón Pedro, Juan y su hermano Jacobo, mientras los demás discípulos atendían a la multitud, al pie de la montaña.

Los tres eran los discípulos de mayor afinidad con Jesús y los que más se destacarían en el colegio apostólico.

Pablo los llamaría “*las columnas de la comunidad*” (Gálatas, 2:9).

Probablemente, eran los más bien dotados para la reunión que Jesús se propuso realizar.

Subida agotadora. El monte queda a 580 metros por encima del nivel del mar y, aproximadamente, a 300 metros en relación con la planicie donde se yergue.

Cansados, después de la larga subida, los discípulos se asombraron con un fenómeno inesperado que ocurrió con Jesús.

Según Mateo:

...Y se transfiguró delante de ellos; y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos fueron blancos como la luz

La transfiguración es un notable fenómeno espiritual que puede ocurrir por mediumnismo o animismo.

En el mediumnismo, hay una alteración de las facciones del médium, que

¡No Peques Más!

asume la apariencia del Espíritu comunicante.

En el animismo, el fenómeno se manifiesta en la forma de una intensa luminosidad que envuelve al individuo, emanada de él mismo y de las esferas más altas con las cuales sintoniza en aquel momento. Fue lo que ocurrió con Jesús.

Surgieron a su lado dos ilustres representantes del Viejo Testamento:

* Moisés, el gran legislador, que vivió hace 1250 años.

* Elías, el combativo profeta, que vivió hace 800 años. Allí estaban materializados – visibles y tangibles.

Simón Pedro, siempre el más activo, observando a Jesús conversar con los dos Espíritus, se animó:

- Señor, es bueno que estemos aquí, si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

El Evangelista Marcos, que ciertamente recogió informaciones del propio Pedro, afirma que él así habló por no saber lo que decir, ya que estaban todos impresionados.

Como ya aconteció en otras oportunidades, el contacto con los Espíritus asustó a los discípulos, lo que no es novedad.

La falta de familiaridad con los desencarnados siempre infunde temor. Y las temidas apariciones.

Las personas prefieren enfrentar la presencia de un malhechor vivo que un bienhechor muerto.

Ciertamente, más asustados estaban los discípulos cuando surgió una nube brillante, y escucharon una voz que proclamaba:

- Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento; a El oíd.

Se repitió el fenómeno mediúmnico de voz directa que había ocurrido cuando Jesús se encontró con Juan Bautista, a los márgenes del Jordán. (Marcos, 1:11)

Mentores espirituales realizaban esas intervenciones, procurando sedimentar en los discípulos la convicción de que Jesús era el Mesías, que vino a la tierra investido de grandiosos poderes, como un representante de Dios.

Era preciso escucharlo, dar atención a sus orientaciones, que consustanciaban una revelación divina, inclinado a imprimir nuevos rumbos para la Humanidad, en los caminos del progreso.

Después de esos sorprendentes acontecimientos, Moisés, y Elías se retiraron.

Encerrada la reunión mediúmnica, Jesús les recomendó que nada comentasen de aquello. No había llegado el momento de divulgar aquellas maravillas.

Los discípulos expresaron una duda:

- ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?

Según las profecías, Elías volvería a la Tierra, como el precursor, aquel que prepararía los caminos del Señor.

Si Jesús era el Mesías, ¿porqué no vino Elías antes? ¿Por qué solo ahora se presenta?

Jesús respondió:

- Ciertamente, Elías vendrá primero, y restituirá todas las cosas. Mas os digo que ya vino Elías, y no le conocieron; antes hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del hombre padecerá de ellos.

El pasaje evangélico termina con el siguiente comentario de Mateo:

- Los discípulos entonces entendieron, que les habló de Juan el Bautista.

Los teólogos insisten que Jesús se refiere a alguien igual a Elías, que vendría a anunciar su venida.

Están en contradicción con el propio texto. Jesús afirma que ambos eran la misma persona.

Malaquías (4:5) dice claramente que sería enviado el profeta Elías, y no a alguien que se le parece.

Oportuno destacar que en el episodio de la transfiguración Juan Bautista ya había retornado a la espiritualidad, decapitado por mandato de Herodes.

¡No Peques Más!

El ilustre visitante se presentó como Elías, no como Juan Bautista, es comprensible.

El Espíritu superior da a la forma periespiritual la apariencia que desee o que le parezca conveniente.

Interesante notar, al respecto de eso, las experiencias de Emmanuel, el mentor espiritual de Chico Xavier.

Fue:

- * Nestorio, el esclavo, en el Libro Cincuenta años después.
- * Padre Manoel de Nobrega, fundador de São Paulo.
- * Padre Damiano, del libro Renuncia.

Sin embargo, se acostumbra presentar como el senador romano Publio Lentulus, del libro Hace dos mil años, tal vez por haber sido la existencia que le habló más intensamente al corazón.

Marcó su glorioso encuentro con Jesús.

La transfiguración tenía como objetivo animar a los discípulos y sedimentar la idea de que Jesús era un ser superior, en misión en la Tierra. Al mismo tiempo establece una conexión con el Viejo Testamento, representado por dos de sus exponentes.

El cristianismo debería situarse como una extensión del judaísmo. Iluminaria las antiguas creencias con la revelación del Dios Padre, que sustituía a Jehová, el dios guerrero, estableciendo las bases de un reino divino, a partir del ejercicio del amor, que hermanaría a todos los hombres.

Imbuidos en el espíritu de la raza, con la pretensión del pueblo escogido, dispuestos a conquistar el mundo con el liderazgo de Jehová, los judíos rechazaron el mensaje y mataron al mensajero. Por eso el Evangelio floreció fuera del judaísmo, dando origen al nuevo movimiento religioso.

Algo semejante ocurrió con el Espiritismo. Debería ser una extensión

natural del cristianismo, ayudándolo a depurarse de sus males.

Ocurre que los círculos religiosos estaban aferrados al materialismo y negaban vehementemente la posibilidad de intercambio con el Más Allá.

Lamentable paradoja, tanto mayor cuando recordamos que Jesús conversaba con los Espíritus, ocurriendo lo mismo con la primitiva comunidad, orientada por el Espíritu Santo, designación genérica de los Espíritus superiores que se manifestaban en su ambiente.

La supresión del fenómeno mediúmnico en la comunidad cristiana cerró la puerta de acceso al mundo espiritual.

La partir de ahí los teólogos pasaron de las revelaciones celestes para las especulaciones terrestres, y surgió una doctrina fantasiosa, fijada por el dogma, ese instrumento terrible de aniquilamiento de la razón. Por eso, el Espiritismo tuvo que manifestarse fuera de los círculos religiosos.

Reinstituido el intercambio con el Más Allá, fenómenos como la materialización de los profetas volvieron a ocurrir.

Alertan sobre nuestras responsabilidades, ante la certeza de la vida que no acaba nunca y donde nunca está ausente la justicia de Dios.

4.- EL CREYENTE QUE NO CREE

Lucas, 9:37-45

Marcos, 9:14-29

Mateo, 17:14-21

Por su propia naturaleza, involucrando fenómenos de efectos físicos, la reunión mediúmnicamente en el Tabor ciertamente ocurrió de noche. Y por allí, según el relato evangélico, quedaron Jesús y los tres discípulos que de ella participaron.

Los demás estaban al pie de la montaña, atendiendo al pueblo. Regresando por la mañana, el Maestro los encontró discutiendo con los escribas.

Al parecer, los intérpretes de la ley mosaica cuestionaban sus poderes. Porque habían fracasado en el esfuerzo de apartar a un Espíritu impuro.

La multitud se acercó.

Un hombre se destacó, implorando:

- Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, dondequiera que le toma, le despedaza; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron.

Lamentando aquellas querellas, Jesús afirmó:

- ¡Oh generación infiel! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir?

Recomendó que le trajeran al joven.

El Espíritu que lo atormentaba le hizo caer, en convulsiones, echando espumarajos... Sin dudar, Jesús preguntó al padre:

- ¿Desde cuánto tiempo le sucede esto?

- Desde niño; y muchas veces le echa en el fuego y en aguas, para matarle; pero, si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros.

Le dijo Jesús:

- *Si puedes creer esto, al que cree todo es posible.*

El atribulado padre suspiró:

- *Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad.*

Las personas se aglomeraban, formando una rueda en torno al joven debatiéndose. Dirigiéndose al agresor invisible, Jesús le ordenó:

- *Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él.*

El joven se agitó con más violencia, y se puso a gritar. Fue la última reacción, marcando una rotura de cadenas...

Se apartó el obsesor, dejándolo inerte en el suelo. Parecía muerto.

- Murió.... -murmuró la multitud.

Pero Jesús, cogiéndolo de la mano, lo hizo levantarse sin problemas, totalmente recuperado. Más tarde, los discípulos le preguntaron, en particular.

- *¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?*

Jesús explicó:

- *Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.*

Cualquier medico diagnosticaría el problema del joven como epilepsia, una disfunción que tiene origen en un foco irritativo en el cerebro o en una arritmia.

El relato evangélico deja claro que su mal no era de esa naturaleza. Sufría una violenta agresión de un Espíritu.

Las creencias tradicionales lo situarían como un ser demoniaco.

Diríamos que era solamente un hombre desencarnado, probablemente alguien aferrado por el deseo de venganza, frente a graves desentendimientos entre ambos, en una existencia pasada.

No se comunicaba por intermedio de la víctima, como acostumbra a ocurrir. Por eso lo consideraban sordo y mudo.

Tenía la clara intención de matar al desafecto, provocando las

¡No Peques Más!

convulsiones en situaciones de peligro, junto al fuego o al agua.

Preocupante imaginar que los Espíritus puedan llevar a sus víctimas a la muerte, involucrando variadas situaciones.

- * Suicidio.
- * Accidente.
- * Violencia.
- * Enfermedad.
- * Debilidad.

Eso no debe asustarnos.

El Bien es siempre más fuerte.

Basta que nos unamos a los benefactores espirituales, guardando fidelidad a la propia consciencia, obrando con prudencia y discernimiento.

La observación de Jesús sobre la creencia es reiterada en varias oportunidades. Evidencia que hay necesidad de una unión entre los que ayudan y los que son ayudados.

Es la fe que establece esa sintonía.

El padre del joven confía en Jesús, pero le pide que lo ayude en su incredulidad. Aparentemente, una contradicción.

El creyente no puede ser incrédulo. El incrédulo no cree.

No obstante, es lo que más acontece.

Aprendices del Evangelio, enfrentamos, frecuentemente, tribulaciones que prueban nuestras convicciones.

No es raro, vacilamos, sumergiéndolos en un océano de dudas e incertezas. Entonces, sentimos como si estuviésemos hundiéndonos en la intranquilidad y en la angustia.

Semejantes reacciones evidencian como es de frágil nuestra fe.

Así como el padre afligido, podríamos, en esos momentos de duda,

decir:

- Señor, ¡creo en ti! ¡Ayúdame en mi incredulidad!

Esclarecedora la observación de Jesús en cuanto a las condiciones para apartar Espíritus de aquella naturaleza:

* Ayuno.

No se trata de una mera abstención de alimentos.

Algunas horas o todo un día ingiriendo solo líquidos es practica saludable que desintoxica el organismo, si es bien orientada, pero no tiene nada que ver con nuestra edificación espiritual.

Si así fuese, multitudes que se sitúan por debajo de la línea de la pobreza, sometidas a un ayuno permanente, no por opción, sino por carencia, serían santas criaturas.

Hambre y agresividad, no es raro, se dan las manos.

Ejemplo típico: actos de violencia cometidos por multitudes hambrientas. El ayuno a que se refiere Jesús es de orden moral.

Si queremos ser eficientes en el trato con los espíritus, ayudándolos a renovarse, imperioso combatir nuestras maldades cultivando la Virtud y el Bien.

En el caso contrario, podremos experimentar el desagrado de un adoctrinador espírita que pedía calma y ponderación a un Espíritu agresivo y rebelde.

El manifestante atacó:

- ¡Como te atreves a pedirme eso! ¡Te acompaño y sé que estás lejos de hacer esas cosas!

La mejor manera de inducir al prójimo a la renovación es renovarnos. El ejemplo es el argumento más convincente.

* Oración.

Ciertamente los discípulos aún estaban envueltos con los rezos y rituales de exorcismo del judaísmo.

¡No Peques Más!

Repetían formulas, sin comprender que la verdadera oración es una conversación con Dios, usando el lenguaje del corazón.

No hay necesidad de muchas palabras. Que hable el sentimiento.
Que vibremos en el propósito de una comunión con el Señor, imbuidos del propósito de servir.

Ayuno y oración.

Con la fórmula de Jesús sabremos apartar las sombras, reflejando las luces del Cielo, sin correr el riesgo de ver peligrar nuestra creencia.

5.- EL BARULLO DE LA VERDAD

Lucas, 17:1-2

Marcos. 9:42-50

Mateo, 18:6-9

Regresando a Cafarnaúm, Jesús mantuvo varios diálogos con los discípulos.

Como ocurría frecuentemente, usó simbolismos, cuyo alcance asimilamos mejor a la medida que nos dedicamos al estudio y al perfeccionamiento espiritual.

Inestimable la contribución espírita, ayudándonos a desarrollar ojos de ver y oídos de oír. En un dado momento, el Maestro advirtió:

- Si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor será que le aten al cuello una de esas muelas que un asno hace girar y que lo lancen en el fondo del mar.

Quien aprecia los crucigramas conoce el sustantivo muela, de los más usados en este instructivo pasatiempo.

Piedra de molino, ingenio para triturar cereales.

El molino tradicional tiene dos muelas en forma de rueda, una sobre la otra. La mayor debajo, fija, la menor, encima, con un eje en el centro que le permite girar. Abajo, cóncava; arriba, convexa. Ambas se yuxtaponen. El cereal es depositado entre las dos, por un orificio. Girando, la de arriba aplasta el cereal, comprimiéndolo el de abajo. Surge la harina, cayendo por los lados.

Todo hogar judío tenía sus muelas. Trabajo diario, al cuidado de las mujeres.

Las casas acomodadas usaban muelas mayores. La atracción era hecha por burros. Eran tan importantes que la Ley prohibía usarlas como garantía para préstamos.

Hay, en Deuteronomio (24:6), poética orientación:

¡No Peques Más!

No se tomará en prenda el molino ni la muela; porque ello sería tomar en prenda la vida misma.

Indulgente con las miserias humanas, Jesús era inflexible con aquellos que, enseñando la religión, sustentan, secretamente, un comportamiento inmoral, capaz de chocar los catecúmenos.

Tranquilo, amigo lector. Se trata de una “palabra”, no de una palabrota. También conocida por los que hacen crucigramas, se reporta a los iniciantes religiosos.

Jesús los llamaba pequeños.

¿Cómo se sentía el catecúmeno al tener conocimiento de los desvíos de aquellos que lo instruyen en la religión, comprometiéndose en la inmortalidad y en la deshonestidad?

Por fuera, bella guitarra. Por dentro, pan mohoso.

Un comportamiento así puede ser desastroso, ya que, en su ignorancia, los catecúmenos tienden a confundir la religión con el religioso.

Cierta vez, conversé con una señora, cuyo marido, compareció algunas veces en el Centro Espírita. Desistió, horrorizado, al tener conocimiento de que el presidente era un viejo conocido, alguien de comportamiento incompatible con su posición. Cultivaba aventuras extraconyugales.

¿Cuántos catecúmenos ese dirigente habrá apartado con sus malos ejemplos?

Jesús recuerda a las piedras de molino para alertar en cuanto a la responsabilidad de los que, haciéndose depositarios de la religión, no viven sus principios.

Mejor sería que le atasen al cuello una de esas muelas mayores, empujada por burros, y fuesen lanzados al mar.

La muerte siempre es encarada con temor. Para muchos es lo que peor les puede pasar. De ahí la advertencia.

Debemos temer esos desvíos más que la propia muerte. El Maestro continua:

- ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas

¡ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo!

En el sentido genérico, escándalo es la revelación de algo no compatible con la moral y las buenas costumbres.

Causa impacto junto a la opinión pública, envolviendo varias situaciones:

- * Gobierno corrupto.
- * trabajador deshonesto.
- * Empresario sin escrúpulos.
- * Político corrupto.
- * Falso religioso.
- * Adúltero contumaz.

En la actualidad, todo eso aparece en larga escala, chocando con la opinión pública. Se resalta la corrupción.

Parece institucionalizada. Envuelve todos los sectores de la sociedad.

¡Es el fin del mundo! ¡Está todo perdido! – dicen las personas, aterrorizadas. Se trata de una equivocación.

Siempre existió la corrupción. La diferencia es que en el pasado no había libertad de prensa ni severidad en la censura. Aparecía menos.

Cuando sonaba la verdad, desvelando el comportamiento deshonesto, la opinión pública es movilizadora, imponiendo cambios.

El escándalo, por tanto, aunque chocante y desolador, funciona como un tumor lancetado.

Pone las impurezas para afuera, favoreciendo la cura del mal. No obstante, útil y necesario, ay de aquel cuyo comportamiento le da origen. Podrá hasta huir de sus responsabilidades delante de los hombres, pero no escapará de la Justicia Divina.

Cambia en la vida actual, en el estadio espiritual o en futura reencarnación, amargas rectificaciones le serán impuestas.

Sufrirá mucho más de que le atasen una muela al cuello y lo tirsasen al mar.

¡No Peques Más!

Acentúa Jesús:

- Por tanto, si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalos y échalos de ti; mejor te es entrar cojo o manco a la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego eterno.

- Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; que mejor te es entrar con un ojo a la vida, que teniendo dos ojos ser echado al quemadero del fuego.

Estas vigorosas imágenes resaltan la necesidad de contener nuestros impulsos inferiores, nuestras tendencias viciosas, lo que sea susceptible de perjudicar, influenciar negativamente o chocar con alguien.

Según la expresión evangélica, nuestros compromisos morales nos precipitaran en el fuego del infierno.

Naturalmente, es necesario definir lo que eso representa, para no caer en la fantasía medieval de una hoguera donde las almas arden en sufrimiento permanente, sin consumirse nunca.

La propia teología ortodoxa admite, hoy, que las llamas del infierno simbolizan los tormentos de la consciencia culpada, en la Tierra o en el Más Allá. Esas llamadas ardientes se llaman angustia, insatisfacción, tristeza, desequilibrio, enfermedad, que nos perturban frente a nuestros desvíos del pasado o del presente.

“Podemos situar las afirmaciones de Jesús como una hipérbole, termino también familiar a los que hacen crucigramas.”

Se trata de enfatizar una realidad, exagerándola.

- * Comer el hígado de alguien – gran rabia.
- * Derramar ríos de lágrimas – gran tristeza.
- * Corazón de piedra – gran insensibilidad.
- * Furia de un tigre – gran agresividad.
- * Volcán en la cabeza – gran tensión.

La hipérbole evangélica dramatiza la situación del individuo tan comprometido con el mal que necesita de recurso más enérgico, a fin de

redimirse.

El entrar en la vida equivale nacer de nuevo, del diálogo con Nicodemo, en que Jesús sitúa la reencarnación como indispensable a nuestra evolución.

El Espíritu podrá reencarnar con limitaciones físicas y mentales que inhiben sus tendencias inferiores e imponen el rescate de sus débitos, a fin de que se libere del infierno de la consciencia de culpa.

Es bueno esclarecerlo, amigo lector.

No pretendo que esas limitaciones definan nuestro grado de compromiso delante de las leyes divinas. Evitemos la equivocada idea de que cuanto mayor la deficiencia, mayor el saldo a deber, en el balance evolutivo.

Todos tenemos débitos del pasado que justifican cualquier limitación. No obstante, ellos se manifiestan en mayor o menor intensidad, según programas instituidos por Dios, guardando compatibilidad, con nuestras necesidades y nuestra capacidad de enfrentar desafíos.

Estaremos sujetos a ellas mientras vivamos en la Tierra, hasta que nos liberemos en definitiva de nuestros males, habilitándonos a vivir en regiones acantiladas, usando cuerpos celestes, según la expresión del apóstol Pablo. Entonces, nos eximiremos de las deficiencias, limitaciones y desgastes que caracterizan el vehículo de materia densa que usamos en el tránsito por la carne.

Difícil definir cuanto tiempo tardará semejante realización, cuantas veces nos someteremos a las pesadas muelas, que trituran nuestros males. Pero algo podemos afirmar, sin sombra de duda: tanto más breve será, cuanto mayor nuestro empeño en no envolvernos en un comportamiento capaz de producir escándalos y barullos de la verdad y desenmascarar la hipocresía humana.

6.- HÉROES Y BANDIDOS

Lucas, 9:51-56

Después de los destacados episodios ocurridos en el monte Tabor, Jesús decidió ir a Jerusalén con los discípulos.

Atravesó Samaria, como ya lo hizo anteriormente. No obstante hostilidad de la población. Comentamos los orígenes del problema en el libro “Levántate”.

Durante la jornada, ya en territorio samaritano, algunos compañeros se adelantaron para pedir posada en una aldea.

Nadie quiso hospedarlos, incluso porque se dirigían a Jerusalén, ciudad que mantenía las divergencias mayores con los habitantes de la región. Estos no la aceptaban como sede del judaísmo.

Jesús recibió serenamente la noticia, pero los hermanos Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, no se conformaron. Al final era de la tradición que se acogiese al viajante. Más allá de eso, se trataba del Mesías.

Indignados, imaginaron una inusitada represalia:

- Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, y los consuma, como hizo Elías?

Imagino a Jesús sonriendo, ante tan desvariada insinuación. Y les reprendió:

- Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.

Jacobo y Juan fueron conocidos como los hermanos Boanerges, “hijos del trueno”, en virtud de su impetuosidad, siempre preparados para las soluciones drásticas para los problemas del grupo.

Se explica:

Convivieron con Juan Bautista, que también guardaba esa índole. Jacobo fue su discípulo antes de unirse a Jesús. Aparentemente, ambos aun eran identificados con él.

Se inspiraban en un episodio ocurrido con el propio Juan Bautista, ocho siglos antes, cuando era el austero profeta Elías (2 Reyes, 1:9-16):

Ocozias, rey de Samaria, envió a un capitán comandado con cincuenta soldados para prenderlo.

Fueron a encontrarlo en la cima de un monte.

- *Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas.*

Y Elías:

- *Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmame con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta. Volvió el rey a enviar a él otro capitán con cincuenta más.*

La misma historia:

-*Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmame con tus cincuenta. Fueron todos reducidos a cenizas.*

El rey insistió.

Nuevo destacamento, con la misma cantidad de soldados.

El capitán, prudentemente, se puso de rodillas e imploró al profeta que no lo matase. Ciertamente el habría ignorado el pedido, si no fuese por la intervención de un ángel, que le recomendó siguiese con los soldados.

*** Para Elías, los hombres eran “héroes” o “bandidos”.

Que ardiesen en el fuego los bandidos, aquellos que contrariaban la “voluntad de Jehová”, que solía confundir con su propia voluntad.

Exactamente lo que pretendían Jacobo y Juan, en relación a los samaritanos.

¡Obviamente, aún no habían asimilado el mensaje cristiano! También dividían los hombres en “héroes” y “bandidos”.

Esa tendencia sustenta el absolutismo religioso, la pretensión de que Dios tenga representantes exclusivos en la Tierra, interpretes infalibles de sus designios, los “héroes”.

Contraponiéndose, aquellos que piensan diferente – los “bandidos”.

Tal equívoco, equivalente de las tendencias humanas a la agresividad y la

intolerancia, hacen correr ríos de sangre en la Historia.

Vemos, con frecuencia, a estos “prepuestos divinos”, empuñando la espada para combatir a los “infieles”.

Los judíos fueron dignos representantes del absolutismo, concibiendo que todo innovador debe ser recibido con pedradas.

Atravesaron siglos de su historia pasando al filo de espada los “bandidos”. El cristianismo fue “Héroe” y, también, “bandido”.

Los cristianos fueron cruelmente perseguidos por los paganos, a lo largo de los siglos, en los comienzos del movimiento.

“Héroes”, sacrificados por “bandidos”. Después cambiaron de lado.

A partir del siglo IV, cuando Constantino inició el movimiento que lo transformaría en religión oficial del Imperio Romano, el cristianismo pasó a imponer sus principios por la fuerza, guerreando sin treguas a los adeptos de otras creencias.

Ríos de sangre corrieron durante las funestas Cruzadas, cuando los cristianos de Europa pretendieron liberar el suelo sagrado de Palestina del yugo árabe, sustituyendo la cruz por la espada.

La inquisición, responsable por la muerte de decenas de millares de personas, es un triste ejemplo de esa intolerancia.

La misma pregunta de Jesús sirve para todos:

¿De quién era esa gente?

¿De qué espíritu?

¡Ciertamente, no eran de Dios!

En la actualidad tenemos en Oriente Medio una caldera en ebullición, involucrando problemas geográficos, políticos y religiosos, entre árabes y judíos.

Se creen todos “héroes”.

Se comportan como “bandidos”.

Los judíos no titubean, a cualquier amenaza, en bombardear poblaciones

indefensas. Fundamentalistas árabes parten para el terrorismo. La ignorancia y el fanatismo son tan grandes, que algunos asumen postura kamikaze.

El terrorista amarra explosivos en su cuerpo. Se hace bomba viva, que explota en lugares donde hay mucho movimiento, matando inocentes.

Comete esa atrocidad, convencido de que ganará el paraíso, por su valentía. Tendrá a su servicio setenta y dos vírgenes. Un premio que debe balancear la cabeza a mucha gente.

¡Un harén en el más allá!

¿De quiénes son esos Espíritus?

¡Ciertamente, no son de Dios!

No obran por inspiración divina.

Son Espíritus de la intolerancia, del atraso, de la locura humana.

Todo sería bien diferente si escucháramos a la advertencia de Jesús a los hermanos Boanerges:

- Vosotros mismos no sabéis de que espíritu sois.

Antes de considerarnos “héroes”, es preciso definir si realmente representamos la voluntad celeste.

Si nos inspiramos en Dios, inconcebible agredir, aun con palabras, a adeptos de otras religiones, ya que también son sus hijos – ¡nuestros hermanos!

Obviamente, el más elemental deber de fraternidad impone que admitamos su libertad de conciencia y el derecho de adoptar principios compatibles con, necesidades, su cultura, su entendimiento...

Para Dios no importa si somos católicos, espíritas, protestantes, budistas, musulmanes...

¡No importa ni incluso si tenemos una religión!

Lo que el Creador espera es que nos comportemos como sus hijos. Si no frecuentamos la misma iglesia, seamos buenos vecinos.

¡No Peques Más!

Si no tenemos las mismas convicciones, respetemos las ajenas.

Si no caminamos juntos, sigamos en la misma dirección, ejercitando la fraternidad. Cuando nos comportamos así, no habrá más “héroes” y “bandidos”.

¡Estaremos todos en el lado correcto, al lado de Dios!

7.- SEGUIR AL CRISTO

Muchos revelaban el deseo de unirse a las nuevas ideas. Mero fuego de paja, efímero entusiasmo.

Lucas, 9:57-62

Mateo, 8:19-22

Y no faltaban los oportunistas, empeñados en sacar provecho de aquel movimiento.

Jesús, que conocía la naturaleza humana, dejaba bien claro que no era tan sencillo. Había determinadas condiciones... Y las anunciaba, usando destacados simbolismos.

Tres merecen nuestra atención.

Un escriba le habló, convencido:

- *¡Maestro, te seguiré adondequiera que vayas!*

Ciertamente Jesús notó inconfesables intereses personales en aquel interprete de la ley mosaica, ya que respondió:

- *Las zorras tienen cavernas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza.*

El empeño de seguir a Jesús pide abandono de los intereses materiales. Quien está muy preocupado de mejorar sus condiciones financieras, en proyectarse socialmente, no tiene tiempo ni disposición para ayudar al prójimo, empeño que resume la filosofía de trabajo cristiano para edificar el Reino de Dios.

Aun hoy, en variados círculos religiosos, la vocación de servir es, no es raro, suplantada por el interés de servirse, olvidados los ideales de humildad y simplicidad preconizados por Jesús.

Dirigiéndose al otro hombre, recomendó Jesús:

¡No Peques Más!

- *¡Sígueme!*

¡Convocación es clara y concisa!

Algo que se repite con frecuencia, cuando las personas toman contacto con el Evangelio.

Con un mínimo de lectura y alguna sensibilidad escucharemos a Jesús, en la intimidad de nuestra consciencia.

- *¡Sígueme!*

El hombre respondió.

- *Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre.*

Advirtió el Maestro:

- *Deja que los muertos entierren a sus muertos; tu, pues, ve y anuncia el Reino de Dios.*

¿Impactante, no es así, amigo lector? Parece incitar a la impiedad filial. Innominable omisión, alguien dejar el cadáver de su padre sin enterrar para cuidar de otro asunto. Pero, considera.

Si el padre hubiese fallecido, aquel hombre no estaría allí. Entonces, al afirmar que necesitaba primero enterrarlo, probablemente se refería a los cuidados con su padre.

Es como si lo prometiese.

- *Cuando cumpla los deberes filiales, estaré preparado.*

Preocupación justa y razonable.

Padre, madre, hijos, hermanos, cónyuge, son parte de nuestros compromisos más sagrados. Incluso cuando nos disponemos al ejercicio de la caridad, participando de las obras de benemérita social, no podemos olvidar que el prójimo más cercano es aquel que habita bajo el mismo techo.

Ocurre que para Jesús la expresión familia tiene una amplitud mayor. Alcanza toda la Humanidad, envolviendo:

* El chabolista enfrentando privaciones...

- * El enfermo sin recursos...
- * El atormentado por problemas...
- * El deshonesto que nos perjudicó...
- * El imprudente que nos contradice...

Delante de ellos, necesario, cumplir elementales deberes cristianos, envolviendo compasión, caridad, consuelo, perdón...

La idea de la familia universal es obvia. Somos todos hijos de Dios. No obstante, acostumbra ser reducida por el egoísmo. Este pésimo mentor, que nos orienta desde hace milenios, sugiere, de las profundidades de nuestra inferioridad, que familia es algo muy especial y restringido, una especie de club cerrado, donde son admitidos solo los que tienen la misma sangre.

Dejemos que los muertos para la fraternidad cuiden unos de los otros, en el estrecho círculo de la familia sanguínea.

Si deseamos seguir a Jesús, necesario ir más allá: Cuidemos, también, de la familia universal.

Alguien prometió:

- *Te seguiré, Señor, pero permite que primero vaya a despedirme de los que están en mi casa.*

Y Jesús:

- *Quien coge el arado y vuelve su mirada para atrás no es apto para el Reino de Dios.*

La interpretación literal de este diálogo, asociado al anterior, sugiere que al convocar discípulos para acompañarlo Jesús pretendía que dejaran inmediatamente la familia, sin vacilaciones, sin pérdida de tiempo.

Así fue enseñado durante siglos en la Edad Media, cuando el ejercicio de la vocación religiosa implicaba de dejar el hogar para servir a Dios. Semejante raciocinio no encaja con la esencia de la enseñanza.

En la afirmación anterior tenemos las personas que no participan de actividades religiosas, alegando cuidados y preocupaciones con la familia.

¡No Peques Más!

En esta podemos situar los que dudan, preocupados con el hecho de que la familia puede no concordar.

- Tengo problemas con mis parientes...

Sería bueno considerar que el labrador que mira para atrás al llevar el arado no está en el camino correcto y tenderá a arar la tierra de forma irregular, comprometiendo el trabajo.

Lo mismo ocurre con aquellos que esperan por la unión de la familia a sus ideales religiosos para remangarse las mangas. Pierden un tiempo precioso y producen muy poco, se desvían con facilidad.

Jesús es bien claro.

Si miramos para atrás, si desistimos de nuestros ideales, recogeremos la frustración, revelándonos no aptos para las gloriosas realizaciones del Evangelio.

Importante considerar:

Sería una incoherencia que Dios nos conceda la bendición del ideal, el impulso para la actividad religiosa y al mismo tiempo nos amarre a la intransigencia de los familiares.

Tal vez sea conveniente, en primer lugar, evaluar si no sobreestimamos las dificultades impuestas por la familia, pretendiendo justificar delante de la propia consciencia nuestras dudas. Si no es eso, si realmente tenemos dificultades con los familiares, nos cabe pacificarlos.

Primer paso:

Evitar discusiones, riñas, irritaciones, agresividad, que nos sujetan a escuchar observaciones así:

- ¡Después que te mezclaste con esa brujería es imposible! ¡Pareces poseído por el demonio!

La situación será insostenible.

La solución está en cultivar un comportamiento disciplinado y coherente. Ejercitar bondad, mansedumbre, comprensión, respeto, tolerancia y demás valores espíritas cristianos para demostrar a los familiares, con la fuerza del ejemplo, la excelencia de nuestros principios.

Y acabaran por admitir:

- Después que él comenzó a frecuentar el Centro Espírita es otra persona, más prudente, más amigo, más tranquilo... ¡El Espiritismo debe ser algo maravilloso!

Así, aunque no se decidan a acompañarnos, aceptarán el bendecido arado que elegimos, no tentándonos a mirar para atrás.

Las tres observaciones de Jesús evidencian:

Para un perfecto aprovechamiento de las oportunidades de edificación de la jornada humana, debemos establecer, como prioridad mayor, nuestra unión a los principios cristianos, dedicando la existencia al Bien y a la Verdad.

Si eso nos parece difícil, un precio muy alto, ante los intereses mundanos, no estamos aptos para seguir al Cristo.

8.- EL SÍNDROME DE MARTA

Lucas, 10:38-42

Cerca de tres kilómetros de Jerusalén, en el camino de Jericó, existe, aun hoy, la ciudad de Betania, escenario de algunos pasajes evangélicos.

En sus andanzas, siempre que iba a Jerusalén, Jesús por allí pasaba, visitando a los hermanos Lázaro, Marta y María, sus amigos.

En Betania, según Lucas (24:50), el Maestro se habría despedido de los discípulos, retornando a la espiritualidad, después de convivir con ellos durante cuarenta días, materializado.

Lázaro protagonizaría el famoso episodio de la supuesta resurrección, cuando dejó el túmulo, atendiendo a una orden de Jesús.

En una de sus visitas, Jesús conversaba con los discípulos. María estaba, a sus pies, oyendo, encantada.

Su presencia, constituía una maravillosa oportunidad de edificación que, alma sensible, no deseaba perder.

Marta, atareada y nerviosa, iba y venía, en el desenvolvimiento de tareas rutinarias domésticas, que podían hacer para después, incapaz de aprovechar el glorioso momento.

Imaginemos una familia recibiendo a Chico Xavier.

Se reúnen todos en torno al gran médium, menos la ama de casa.

- ¡No puedo! Es día de limpieza...

Era más o menos eso lo que Marta hacía.

Se exasperaba con la hermana. Inaceptable que fuese descuidada con las tareas del hogar. En dado instante, no se contuvo.

Se acercó y reclamó, en una actitud de falta de delicadeza, bien propia de quien habla lo que piensa, sin pensar en lo que habla:

- *Señor, ¿no tienes cuidado que mi hermana me deja servir sola? Dile pues, que me ayude.*

Podemos imaginar el constreñimiento de los presentes, ante aquella manifestación intempestiva. Pero, ejercitando el don maravilloso de convertir las situaciones más delicadas y difíciles en la oportunidad para transmitir valiosas lecciones, Jesús miró, compasivo, y le respondió delicadamente:

- *¡Marta, Marta! Andas inquieta y te preocupas de muchas cosas. Sin embargo, una sola es necesaria... María escogió la mejor parte y esta no le será quitada.*

Varios problemas de relacionamiento humana nacen del excesivo involucramiento con situaciones pasajeras, la exacerbada preocupación con las rutinas del día a día.

Justo y admirable el cuidado de la ama de casa con la limpieza y el orden, en el hogar. Si, pues, sobrepasa los límites de lo razonable, se perturba el ambiente.

Regaña a la empleada doméstica, porque no pasó la aspiradora por una esquina de la sala... Discute con el marido, porque no colgó la toalla de baño...

Se irrita con los hijos porque sus cuartos no están en orden... Se pone como una fiera cuando no atienden a sus exigencias. Hogar impecable. ¡Régimen de cuartel!

Los familiares pueden llevarlo a la deportiva:

- ¡El sargento está imposible!

No es raro, se irritan, perturbando el ambiente. Algo semejante ocurre con el jefe de la casa.

Loable su esfuerzo en atender a la subsistencia de la familia. Entretanto, cuando avanza demasiado, más allá de lo razonable, cae en la ambición, sentimiento que germina con facilidad en el corazón humano, abonado por el egoísmo. Empeñado en sus propósitos, podrá prosperar materialmente, pero con graves perjuicios en el relacionamiento con las personas.

Será el jefe exigente...

¡No Peques Más!

El padre sin tiempo para los hijos... El conyugue distante...

¡El compañero difícil, duro de tragar! Justificará diálogos así:

- ¿Y el marido?
- Viajó.
- ¿Y con vosotros, todo en orden?
- ¡Todo bien!
- ¿Algún problema?
- ¡Ninguno! El problema viajó...

- *¡Marta, Marta! Andas inquieta y te preocupas por muchas cosas.*

Hay un síndrome de Marta, afectando multitudes, personas excesivamente preocupadas con la subsistencia, con la compra de un automóvil, con la construcción de una casa, con el futuro de la familia, con la limpieza del hogar, con los negocios...

Se apegan a situaciones efímeras y bienes transitorios. Se perturban fácilmente, se desgastan por nada...

Viven estresadas, neuróticas, inquietas, irritadas, abriendo campo a desajustes físicos y psíquicos.

- *¡Sin embargo, una solo es necesaria... María escogió la mejor parte y esta no le será quitada!*

¿Cuál es la mejor parte de la vida? Para responder es precio definir lo que hacemos en la Tierra.

¿Cuál es la finalidad de la jornada humana?

El Espiritismo revela que estamos aquí como algunos en una escuela, convocados al aprendizaje de las leyes divinas. Eso envuelve el perfeccionamiento espiritual, la adquisición de virtudes, el desarrollo de nuestras potencialidades creadoras.

Escogen la mejor parte las personas que orientan sus acciones en dirección a esos objetivos, alumnos aplicados y diligentes.

Se desapegan de los intereses mundanos.

Se concientizan de sus deberes delante de Dios y del prójimo. Abren espacio en su cerebro para los valores espirituales.
Abren espacio en su corazón para las virtudes cristianas

Adquieren bienes imperecederos de sabiduría y virtud, riquezas intransferibles, para garantizarles bienestar donde estén, en la Tierra o en el más allá.

Condición sine qua non, indispensable al cultivo de la mejor parte: Simplificar.

Necesario que coloquemos encima de todo, la edificación de nuestra Alma, buscando los valores más nobles.

Sin ese esfuerzo, estaremos perdiendo tiempo, complicando la jornada y acumulando monedas de ilusión, que serán irremediamente confiscadas cuando la Muerte verifique nuestro equipaje, en la aduana del más allá. Allí llegaremos a mendigar paz, en amargos desengaños.

Importante resaltar que la edificación de nuestro Espíritu no solo bendecirá nuestro futuro, como también dará estabilidad a nuestro presente.

Buscando la mejor parte, seremos capaces de convivir mejor con las personas, en el ámbito doméstico, social y profesional...

Buscando la mejor parte, sabremos resolver problemas, enfrentar dificultades, superar obstáculos y atravesar los periodos difíciles, sin irritaciones, sin inquietudes, capaces de hacer siempre lo mejor...

Menos para Marta.

¡Más para María!

En El sermón de la montaña, Jesús enfatiza ese tema, recomendándonos que no nos preocupemos demasiado con nuestra vida.

Que busquemos en primer lugar el Reino de Dios, expresándose en el esfuerzo del Bien y de la Verdad, y todo lo demás nos será dado por añadidura.

Ayuda, también, y mucho, cultivar el buen humor.

¡No Peques Más!

Si somos capaces de reírnos un poco de nuestros temores y dudas, ellos tenderán a disolverse, evitando preocupaciones desajustadas. Algo como bromear con ese individuo sombrío, taciturno, que, no es raro, divisamos en el espejo:

- ¡¿Qué es eso, la triste figura?! ¡¿Está peleado con la Humanidad?! ¡Con esa cara va a ser difícil enfrentar el día! ¡¿Y quién habrá de soportar su mal humor?! ¡Relaja, compañero!
¡Prueba sonreír! ¡serás más simpático!

A propósito, vale recordar un texto (desconozco el autor), que nos explica porque no debemos preocuparnos.

Hay solamente dos cosas de que debes preocuparte: O alcanzarás el éxito o el fracaso.

Si alcanzas el éxito, no tendrás de que preocuparte.

Si fracasas, hay solamente dos cosas de que preocuparte: O mantendrás tu salud o te enfermarás.

Si mantienes la salud, no tendrás de que preocuparte.

Si enfermas, hay solamente dos cosas de que preocuparte: O te curarás o morirás.

Si te curas, no tendrás de que preocuparte.

Si mueres, hay solamente dos cosas de que preocuparte: O irás para el cielo o irás para el infierno.

Si vas para el cielo, no tendrás de que preocuparte.

Si vas para el infierno, estarás tan ocupado, saludando viejos amigos, que no tendrás tiempo para preocuparte.

Recuerda:

Preocuparse es pre...ocuparse con algo que aún no pasó.

¡Por tanto, relájate!

9.- TEJADO DE VIDRIO

Durante su estada en Jerusalén, cierta mañana Jesús compareció en el Templo.

Juan 8:1-11

Transmitía sus lecciones a un expresivo grupo de oyentes, cuando surgieron algunos escribas y fariseos. Presentaron una mujer, explicando:

- Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando; y en la ley Moisés nos mandó apedrear a las tales. Tú pues, ¿qué dices?

Grave acusación, con base en dos dispositivos de la Ley Mosaica: En Levítico (20:10):

Y el varón que adulterare con la mujer de otro, el que cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, indefectiblemente morirá el adúltero y la adúltera.

Si un hombre se encuentra acostado con una mujer casada, ambos morirán... Como ya destacamos, la legislación mosaica era draconiana. La ejecución, no es raro, envolvía la lapidación.

El condenado se colocaba al frente del pueblo, que pasaba a tirarle piedras, hasta su muerte.

Pueblo machista, los rigores de la Ley eran siempre para la mujer, en cuestiones de fidelidad conyugal, tanto que en este pasaje solamente ella estaba siendo acusada, aunque el hecho, obviamente, involucrase a su compañero.

Habiendo sospecha de adulterio, por parte del marido, la esposa era sometida a la ordalía, el juicio de Dios.

Era lo siguiente:

Delante de un sacerdote, era obligada a beber nauseabunda poción. Si le causaba intenso malestar, con incontrolable regurgitación, era proclamada culpable y condenada al apedreamiento. Si resistía, sería absuelta.

¡No Peques Más!

La segunda hipótesis, difícilmente ocurría.

La poción, era fuerte, y aun no existía el *sonrisal*...

Escribas y fariseos eran mal intencionados. Sometiendo la adúltera a Jesús, preparaban la trampa perfecta, infalible. Cualquiera que fuese su respuesta, estaría comprometido, recordando el refrán:

Si te quedas el bicho te come, si corres el bicho de pilla.

Si no la condena, estaría contradiciendo a Moisés. Falta grave. Sería señalado como traidor.

Si la condenase, perdería el aura de bondad que le garantizaba la simpatía popular. Sería más fácil neutralizar su influencia.

El Maestro no se inquietó.

Sentado a la manera oriental, escribía en la arena, como si meditase.

Después de algunos momentos de electrizante expectativa, pronunció su impecable enseñanza.

- *Aquel de entre vosotros que esté libre de pecados, que tire la primera piedra.*

Si fuese otra persona, inmediatamente, escribas y fariseos, acompañados por el pueblo, empezarían a hacerlo.

Con Jesús era diferente. Dotado de incontestable autoridad espiritual, tenía pleno dominio de la situación.

Pesado silencio se hizo sentir.

Ante la fuerza moral de aquel hombre que veía sus males, nadie se sentía capaz para iniciar la ejecución.

Poco a poco, se dispersó la multitud, comenzando por los más viejos, hasta llegar a los más jóvenes.

En breve, Jesús estaba solo con la adúltera. Le preguntó, entonces:

- *¿Mujer, donde están ellos? ¿Nadie te condenó?*

- *Nadie, señor.*

- *Ni yo tampoco te condeno. Vete y no peques más.*

En este pasaje vemos una vez más la extraordinaria lucidez de Jesús, ágil en el raciocinio, confundiendo a sus opositores y, aun aprovecha la oportunidad para una enseñanza fundamental:

Nadie es suficientemente puro como para poder juzgar las impurezas ajenas. Esa idea es destacada en la enseñanza cristiana.

Jesús sitúa como hipócritas a los que no divisan astillas de madera en sus ojos y se preocupan con meros ciscos en ojos ajenos.

Observan fallos mínimos en el comportamiento de los otros. No encaran chillantes defectos en sí mismos.

Hay en relación con el asunto una curiosa situación: Vemos en los otros algo de lo que somos.

El prejuicioso se presume discriminado. El maledicente imagina maldades.

El malicioso fantasea segundas intenciones.

Proyectamos en el comportamiento ajeno algo de nuestros males. Así, el mal esta en nosotros mismos.

Quien estudia las obras de André Luiz percibe claramente que los Espíritus orientadores jamás usan adjetivos despreciativos.

No dicen:

- Fulano es un canalla, un vagabundo, un pervertido, un mal carácter, un delincuente, un monstruo...

Ven un hermano en desvío, el compañero necesitado de ayuda, el enfermo que precisa de tratamiento...

Consideran que todo juzgamiento es asunto para la Justicia Divina. Solo Dios conoce todos los detalles.

Incluso cuando lidian con obsesores, tratan de socorrerlos sin críticas, situándolos como hermanos en desajuste. Por eso, Chico Xavier, que vive ese ideal evangélico de fraternidad auténtica, no pronuncia comentarios desairados.

¡No Peques Más!

Si alguien comete maldades, no dice tratarse de un hombre malo. Es solamente alguien menos bueno.

¡Tiene sentido!

Somos todos hijos de Dios. Fuimos creados para el Bien.

El mal en nosotros es apenas un desvío de ruta, un equívoco, una enfermedad que debe ser tratada.

La fórmula para esa visión tiene dos componentes básicos: La intransigencia y la indulgencia.

Puede parecer tontería. Al final, son actitudes antagónicas. Pero es simple:

* Debemos ser intransigentes con nosotros.

Vigilar atentamente nuestras acciones; no perdonar nuestros deslices; criticar nuestras faltas, disponiéndonos al esfuerzo permanente de renovación.

Es el despertar de la consciencia.

* Debemos ser indulgentes con los otros.

Evitar el juzgamiento, la crítica y las malas palabras; respetar al prójimo, sus opciones de vida, su manera de ser.

Es el despertar del corazón.

Cuando aplicamos esa orientación, ocurre algo interesante. Cuanto más intransigentes con nosotros, indulgentes somos con el prójimo, ejercitando la expiación fundamental:

No podemos tirar piedras en tejados ajenos, en cuanto el nuestro es de vidrio, muy frágil.

10.- EXORCISMO

Mateo, 12:22-26

Marcos, 3:22-26

Lucas, 11:14-18

De retorno a Cafarnaúm, Jesús hablaba a la multitud. En dado momento le presentaron un hombre que estaba ciego y mudo por subyugación. No veía ni hablaba, en virtud de la influencia ejercida por un Espíritu.

Con una simple orden, el Maestro lo apartó. Inmediatamente la víctima recobró la capacidad de ver y hablar.

En las sinagogas se ejercitaba el exorcismo. Miembros de la comunidad debidamente acreditados se valían de varios recursos – lectura de salmos, ritos y rezos, para apartar Espíritus impuros.

Jesús lo hacía diferente.

Sin recorrer a sortilegios, solo con el uso de la palabra, impregnada de una fuerza moral a que ningún obsesor se resistía, por más empedernido y rebelde, liberaba a sus víctimas.

¡La multitud se maravilló!

La reacción de escribas y fariseos fue diferente. Veían en él una amenaza a su prestigio y poder. Y contestaron:

- *Este hombre no expulsa Espíritus impuros sino por arte de Belcebú, el jefe de los demonios.*

Afirmación maliciosa que lo situaba como un agente del mal, engañando a los incautos.

Con la notable agilidad mental que lo caracterizaba, Jesús respondió, tranquilo, desarmando a sus opositores y fijando una preciosa enseñanza:

- *Todo el reino dividido contra sí mismo será destruido y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no subsistirá. Si el diablo expulsa a el diablo, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, entonces, subsistirá su reino?*

El argumento es de una claridad meridiana.

Aun hoy, puede ser aplicado para responder a aquellos que, por ingenuidad, ignorancia o mala fe, pregonan que los espíritas se involucran con el demonio y acaban siendo sus instrumentos.

¡Que tiñoso sin consciencia de clase!

Pobre diablo, contrariando su naturaleza, empeñado en luchar contra sus iguales, a que el Espiritismo nada más hace, sino que ofrecer al hombre recursos y orientaciones que lo habilitan a liberarse de las influencias diabólicas.

¡Y bendecido ese demonio que cura, que ayuda, que orienta, que esclarece, enseñando que la mayor realización humana es el Bien, bajo la inspiración del Amor, ley suprema de Dios!

Este pasaje reitera que el intercambio con el Más allá, la conversación con los Espíritus y la adoctrinación de entidades obsesoras no constituyen una novedad. Jesús ya lo hacía hace dos mil años.

Hoy, como en aquellos tiempos, los hombres son asediados por fuerzas de las sombras. Sin embargo, es necesario considerar:

El demonio, como poder constituido y fuerte, en lucha permanente contra las potestades celestes, es una historia de un cuento chino para asustar a los ingenuos.

Hijo de Dios, él también está destinado al Bien, como todos nosotros.

Si el Creador no consigue evitar su vinculación permanente al mal, habría fallado en sus objetivos.

Peor: habría en él un rival poderoso, capaz de inducir a mucha gente a la perdición.

La Doctrina Espírita enfatiza que el demonio es solamente un Espíritu rebelde y descarriado dominado por impulsos inferiores, pero sometido a leyes de evolución que fatalmente lo reconducirán a los senderos del Bien.

Hemos conversado con Espíritus agresivos, que sustentan intrincadas y terribles obsesiones. Aunque parezcan complacerse con lo que hacen, son amargados e intranquilos. Es normal que así ocurra.

Están contrariando su propia naturaleza.

Se envuelven con el mal, cuando están programados para el Bien. Por tanto, el diablo de hoy será el ángel de mañana.

Acontecerá inexorablemente, aunque exija milenios de luchas y sufrimientos acerbos, en la extensión de múltiples reencarnaciones expiatorias.

Una sola alma que se pierda para siempre y Dios habrá fracasado.

Observa un detalle pertinente, amigo lector:

Dios es el Omnisciente, algo que ninguna religión pone en duda. Nada es inexpugnable para el Creador.

Pasado, presente, futuro...

Así, suponiéndose real la fantasía del demonio, forzoso admitir que el Señor, al darle la vida, tenía conocimiento de que se desviaría.

Ahora, ningún padre se dispondría a crear a un hijo sabiendo, por anticipación, que:

- * Sería el peor de los criminales.
- * Crearía confusión y discordias.
- * Atormentaría a las personas.
- * Induciría al vicio y al crimen.
- * Cometería maldades sin cuenta.
- * Apartaría a sus hermanos de la casa paterna.
- * Jamás se redimiría.

Por tanto, admitir la existencia de un Espíritu dedicado al mal, permanentemente, es negar la omnisciencia divina.

Dios no sabía que él iría “a ser malvado” Peor.

Estaremos negando su omnipotencia: No consiguió evitarlo.

Frecuentemente, encontramos personas que buscan los Centros Espíritas

para tratar de males que resisten a todos los tratamientos.

Alguien les dijo:

- Su problema debe ser que se arriman. Hay algún Espíritu perturbándole.

La expresión, aunque un tanto vulgar, define el problema. Realmente, la persona en tal situación puede estar influenciada por una entidad perturbada o perturbadora. Pero el Espíritu no se arrima a su víctima.

Se une a ella psíquicamente, entra en su imagen mental, como la interferencia de un canal de televisión sobre otro, originando doble imagen.

En tal situación, el obsesado experimenta pensamiento, ideas, sensaciones, sentimientos, deseos e impulsos que no son de él. Viene de la entidad intrusa. Eso lo perturba e incómoda.

Profesionales de la salud nada pueden hacer, ya que el problema trasciende a su área de actuación.

El paciente dice al psicoanalista:

- Doctor, enfrento un grave problema. Tengo el terrible deseo, casi compulsivo, de matar a mi mujer.

Bien, esa idea puede hasta pasar por la cabeza de los maridos, eventualmente... Siempre hay quien piense en apretar el pescuezo de su media naranja, cuando se comporta como naranja y media, abriendo un agujero en la cuenta bancaria...

El problema comienza cuando ese deseo toma cuerpo, se vuelve obsesivo, como ocurre con nuestro héroe.

El medico lo sometió a numerosas sesiones de análisis, investigó su historial médico, buscó penetrar en los socavones de su personalidad, buscando una motivación inconsciente.

Resultado nulo.

Recetó tranquilizantes.

¡Nada!

El atribulado marido continuaba atormentado por la peligrosa compulsión. Finalmente, el psicoanalista tuvo un estallido.

- ¿Por qué no intenta con el Espiritismo?

Atendida la recomendación, después se constató, en el Centro Espírita, que un enemigo de su esposa lo inspiraba. Pretendía verla asesinada.

El obsesor fue apartado. Desapareció el deseo de matar.

Bien, hubo una amenaza de recaída, felizmente fue superada, cuando el medico dio el tratamiento por cerrado y le presentó la cuenta.

Pero, esa es otra historia...

*** Falta saber de las motivaciones de esos Espíritus.

¿Por qué actúan así?

¿Cuál es su intención?

Por increíble que parezca, no siempre tienen noción de lo que hacen.

No es raro, ni saben que “estiraron la pata”. Pocos están preparados para la muerte. Pocos regresan al Plano Espiritual con un bagaje de conocimientos, virtudes y realizaciones en el campo del Bien, que los habilite a una adaptación tranquila y equilibrada.

En la mayoría, se sitúan como sonámbulos que hablan y escuchan, cerca de la alienación mental.

Es porque permanecen presos al plano físico, delante de las propias limitaciones espirituales, tienden a acercarse a familiares, amigos o personas que guardan las mismas tendencias que cultivaron en la Tierra.

Se imantan, haciéndolas sentir algo de sus angustias, de sus tensiones o de las sensaciones relacionadas con el tipo de mal que determinó su muerte.

Tenemos aquí una “obsesión pacífica”.

No hay del Espíritu la intención de agredir, de perturbar, de dominar. Se sitúa mucho más como naufrago que se apega al reencarnado, como quien se sustenta en una tabla de salvación.

El tratamiento es simple.

Cuando la víctima frecuenta el Centro Espírita, el acompañante es

¡No Peques Más!

adoctrinado y esclarecido. Se aparta con relativa facilidad y el problema desaparece.

Hay situaciones más complejas, involucrando Espíritus con la intención deliberada de ejercer influencia nefasta, obedeciendo a motivaciones variadas. Se destacan:

- * Venganza.
- * Sadismo.
- * Vicio.
- * Prepotencia.
- * Dominación.

Los casos de venganza son los más graves, frente a la fuerte imantación que hay entre la víctima y el verdugo.

Una señora experimentaba graves y frecuentes problemas en los ojos.

Supo, por revelación mediúmnica, que en una vida anterior tenía la mala costumbre de vaciar los ojos de sus enemigos. Uno de ellos nunca la perdonó y la perseguía ferozmente, pretendiendo llevarla a la ceguera.

Dio trabajo convencerlo de que la siniestra iniciativa le causaba más daños que a su víctima, situándolo intranquilo y perturbado, sembrando sufrimientos para sí mismo.

El Espiritismo nos ofrece amplios recursos para un cambio, en esos lamentables cuadros. El pase magnético y el agua fluidificada, que renuevan nuestras energías...

Las sesiones de desobsesión, que esclarecen a las entidades desencarnadas y modifican sus disposiciones...

La orientación doctrinaria, que nos enseña a lidiar con el problema...

Mucha gente se beneficia. Pero, sin duda, así como ocurrió en el pasaje evangélico, el recurso mayor está en Jesús.

El encuentro con el Maestro, programado en el interior de nuestra consciencia, desde el principio, meta suprema de nuestro destino, será en

la intimidad de nuestras almas.

Ocurrirá cuando, después de ingentes esfuerzos por superar nuestros males y vivenciar sus lecciones, podamos proclamar, a semejanza del apóstol Pablo (Gálatas, 2:20):

... y ya no vivo, sino el Cristo vive en mí.

11.- LAS OBRAS DE DIOS

Jesús estuvo en el Templo, en Jerusalén.

Juan, 9:1-39

Cuestionado por los fariseos, censuró su mala conducta y fue hostilizado. Pensaron hasta en apedrearlo. Nada consiguieron porque, como explicaba el Maestro, aun no llegó el momento de los testimonios.

En la salida de la ciudad santa había un ciego. Preguntaron los discípulos:
- Maestro, ¿quién pecó para que este hombre naciese ciego? ¿Él o sus padres?

La pregunta guarda, en su interior, valiosas informaciones relacionadas a los miembros del colegio apostólico:

- * Conocían al hombre.
- * Sabían que nació ciego.
- * Admitían existir males resultantes del pecado.
- * Aceptaban la preexistencia del Alma.
- * Concebían la posibilidad de estar pagando por faltas de vida anterior.
- * No tenían una visión bien definida de los mecanismos de la justicia divina.
- * Estaban imbuidos en las concepciones mosaicas. En el primer mandamiento de la Tabla de la Ley está registrado que Jehová castiga la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la cuarta generación.

Responde Jesús:

- Ni él pecó, ni sus padres. Eso ocurrió para que en él se manifiesten las obras de Dios.

Evidente que el Maestro también admitía el principio de las vidas

sucesivas. Si así no fuese, diría:

- Están equivocados. No existe esa historia de volver a la carne. Nadie reencarna.

Su información puede sonar extraña. Aprendemos con la Doctrina Espírita que nadie paga sino lo que debe.

Si aquel hombre nació ciego, tenía compromisos que justificaban tal sufrimiento. Pecó. Regla general, sí, pero es necesario avanzar un poco en la problemática del rescate.

Espíritus atrasados, o de mediana evolución, tienen la reencarnación planeada por mentores espirituales, pasando por experiencias que le son impuestas, sufrimientos relacionados con sus compromisos del pasado.

Reencarnan en expiación.

Los Espíritus más evolucionados también pasan por experiencias difíciles, atendiendo sus necesidades evolutivas, con una diferencia, ellos mismos hacen el planeamiento, conscientes de sus responsabilidades.

Reencarnan en pruebas.

Esta sería la posición de aquel hombre. No nació privado de la visión por imposición kármica. No era indispensable que naciese con esa deficiencia. Podría andar caminos más sencillos. Fue decisión suya, por entender que la ceguera le sería sumamente provechosa, ampliando sus experiencias, favoreciendo su crecimiento espiritual.

¿Se refería Jesús a la cura, al proclamar que en él se manifestarían las obras de Dios? Creo que no.

¿Qué padre pondría, desde el nacimiento, una mordaza en los ojos de su hijo, poniéndolo a disposición, para que alguien le retirase en la edad adulta, en su nombre, a fin de que el hijo le exaltase el supuesto poder de hacer ver?

Ciertamente el hijo estaría indignado con su “generosidad”.

Me parece, por tanto, que la obra divina a manifestarse en él no se relacionaba con la visión recuperada. La extensión de la narrativa nos ofrece condiciones para meditar la cuestión.

Tomando la iniciativa de las más insólitas, Jesús, con la propia saliva mezclada con tierra, preparó una masa que aplicó en los ojos del ciego.

En seguida, le recomendó:

- *Ve, lávate en el estanque de Siloé.*

Estaba en los alrededores de Jerusalén. Cercado de curiosos, el ciego fue hasta allí y se lavó. Al abrir los ojos, alegría suprema - ¡Veía!

Podemos valorar su emoción.

Después de una existencia de oscuridad, contemplaba, por la primera vez, la claridad del sol, la belleza de las flores, el verdor de los árboles, la extensión del paisaje...

Siempre acompañado, fue para su casa.

Nuevas maravillas – las dependencias de su hogar, el rostro de sus padres, la mesa donde se alimentaba, la cama donde dormía...

Ágil como nunca, se movía por la vecindad. Las personas admiraban su desenvoltura.

- *¿Pero será este el ciego que mendigaba?*

Eufórico, confirmaba:

- *¡Soy yo!*

- *¿Cómo fueron abierto tus ojos?*

- *Un hombre que se llama Jesús, hizo barro, y me untó los ojos, y me dijo: Ve al estanque de Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista.*

- *¿Dónde está aquel?*

- *No sé...*

Fue llevado a los fariseos, que también le preguntaron cómo obtuvo el don de la visión: La misma respuesta:

- *Me puso barro sobre los ojos, y me lavé, y veo.*

Algunos de ellos, con preconceptos, presos a la letra de la ley, que prohibía curar en el día consagrado al Señor, contestaron:

- *Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado.*

Otros, más ponderados, decían:

- *¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?*

Preguntaron al ex ciego:

- *¿Tú, qué dices del que te abrió los ojos?*

- *Que es profeta.*

Los fariseos no se convencieron. Mandaron llamar a sus padres.

- *¿Es éste nuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?*

- *Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos; él tiene edad, preguntadle a él; él hablará de sí.*

El evangelista comenta que respondían de forma reticente, por temor. Los fariseos habían decidido que, si alguien se pronunciaba a favor de Jesús, sería expulsado de la sinagoga.

El ex ciego fue nuevamente interrogado.

- *Da gloria a Dios; (equivalía a “habla la verdad bajo juramento”). Nosotros sabemos que este hombre es pecador.*

- *Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.*

- *¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?*

- *Ya os lo he dicho, y lo habéis oído; ¿qué más queréis oír? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?*

Los fariseos se irritaron:

- *Tú seas su discípulo; pero nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es.*

Decidido, el ex ciego, se enfrentó sus inquisidores:

- *Por cierto, maravillosa cosa es ésta, que vosotros no sabéis de dónde es, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso*

¡No Peques Más!

de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. Jamás fue oído, que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si éste no fuera venido de Dios, no podría hacer nada.

Perfecto raciocinio.

¿Cómo ignorar la existencia de alguien que producía tantos prodigios? ¿Y cómo lo haría sin protección divina?

El valor de aquel ex ciego, enfrentando la intolerancia de los fariseos y la posibilidad de represalias, fue, a mi ver, la gloriosa obra divina a que se refería Jesús.

Dios habla siempre por intermedio de aquellos que defienden el Bien y la Verdad, trabajando por un mundo mejor.

La ceguera de nacimiento era apenas un detalle, relacionado con sus motivaciones al reencarnar. Ciertamente habría de dar otros testimonios, en la vivencia de sagrados ideales. Muchos, como él, enfrentarían persecuciones y burlas, por causa de Jesús.

Peor: serían conducidos a las fieras hambrientas y transformados en antorchas vivas, no por débitos acumulados, sino como glorioso testimonio de sus convicciones, ayudando en la sedimentación del mensaje cristiano.

Dios estaba presente en sus heroicos testimonios, defendiendo la obra gloriosa del Bien, que, aparentemente derrotado, resurge siempre, en cada discípulo del Cristo capaz de renunciarse a sí mismo en favor de un mundo mejor.

Irritados con aquel hombre que osaba contestarlos, los fariseos respondieron:

- *En pecados eres nacido del todo, ¿y tú nos enseñas?*

Observa, amigo lector: los miembros de la prominente secta judaica también admitían que la ceguera de nacimiento está relacionada con las existencias anteriores.

Hay aspectos muy interesantes en este episodio evangélico, comenzando por el “colirio” usado por Jesús – la propia saliva. Otro ciego (Marcos, 8:23) y un sordo y tartamudo (Marcos, 7:33) también fueron curados de esa forma.

Los antiguos consideraban la saliva como un eficiente recurso terapéutico. Aun hoy hay quien defienda esa idea.

Si se hace moda...

Antes que alguien se anime, es preciso alertar que la supuesta propiedad medicinal de la saliva no tiene ningún fundamento científico. Por el contrario, puede hasta ser un vehículo de contaminación bacteriana.

Jesús podría curar al ciego con una simple manifestación de su voluntad, sin incluso tocarlo.

Usaba la saliva para impresionar a la multitud, tornando indeleble el acontecimiento.

No podemos huir de la comparación con el Espiritismo. Tratando de males del cuerpo y del alma, los Centros Espíritas son buscados por multitudes. Muchos son curados.

Raros tienen el valor de proclamar el origen de la cura.

Un paciente fue desagradablemente sorprendido con el resultado de pruebas que demostraban estar con un principio de cáncer en la próstata. Debería ser operado inmediatamente. Por recomendación de un amigo, se sometió a tratamiento espiritual en una casa espírita.

Antes de la cirugía, nuevas pruebas.

El médico quedó pasmado. ¡El cáncer se evaporó! Preguntó al paciente si recibió algún tratamiento alternativo.

- No señor.
- ¿No sabe de nada que le pudiese haber beneficiado?
- ¡No señor!

El preconcepto habló más alto que la gratitud. No consiguió decir la verdad.

No dio el testimonio de la gracia recibido. ¡Lamentable!

Si lo hubiese hecho, el médico, aunque materialista, comenzaría a pensar que, como decía Shakespeare, hay más cosas entre el Cielo y la Tierra de lo que supone nuestra vana filosofía.

¡No Peques Más!

El Evangelista Juan termina la narrativa diciendo que más tarde, en aquel mismo día, el ex ciego encontró al Mesías. No lo reconoció. Era la primera vez que lo veía.

El Maestro se identificó.

Según la narrativa, el jubiloso beneficiario de sus poderes lo adoró. Digamos que se dispuso a servirlo, siendo su discípulo.

Jesús premiaba su valor, ofreciéndole algo más valioso que a simple cura, la condición de aprendiz, para que en él continuasen manifestándose las obras de Dios.

También la Doctrina Espírita ofrece tesoros inimaginables de conocimiento y orientación a aquellos que rompen con el preconceito, dando el testimonio de los beneficios recibidos, dispuestos a unirse a sus principios.

Es a partir de ahí que creamos condiciones para que se manifiesten en nosotros las obras de Dios.

12.- INSERVIBLES GRANEROS

Jesús realizaba una de sus concurridas reuniones. La multitud se maravillaba.

Lucas, 12:13-21

Su voz suave y tierna era música del cielo, consolando afligidos y sufridores de todos los matices.

Su verbo sublime deshacía todas las dudas y calmaba todas las inquietudes, destacando la existencia de un Padre Celeste de amor y misericordia, que ama a sus hijos y trabaja incesantemente por el bien de todos.

Sus conceptos, de lenguaje claro y objetivo, eran envolventes, estímulo divino para una existencia digna y feliz.

En una pausa más larga, uno de los presentes pidió:

- Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.

Singular figura...

Era, digamos, un “cara dura” ...

¿Con que objetivo interrumpió la oración?

¿Formuló una pregunta pertinente?

¿Añadió algo a las lecciones transmitidas?

¿Presentó una profesión de fe?

¡Nada de eso!

Deseaba solamente cuidar del interés personal.

Imaginemos un emérito profesor haciendo un aula de ingeniería mecánica. En dado momento, un alumno levanta la mano:

- ¿Por favor, profesor, sería posible que usted me arregle un grifo de mi

¡No Peques Más!

casa?

El inoportuno acepta la autoridad de Jesús, reverenciándolo como maestro, solamente para resolver disputas familiares.

Jesús revela los secretos del Cielo. Él piensa en los cofres de la Tierra.

El episodio recuerda a ciertas ocurrencias de manifestaciones de Espíritus orientadores, en reuniones mediúnicas. Ese intercambio tiene algo de sublime. Y el contacto con lo sagrado, convocándonos al cultivo de valores espirituales.

Superando muchísimas dificultades, los benefactores del Más allá traspasan, de retorno, las fronteras de la muerte para orientarnos en relación con los deberes de la vida.

Colocaban en cuanto lo indispensable, esfuerzo en favor de nuestra renovación... Advierten en cuanto los vicios y maldades...

Estimulan el Bien y la Verdad...

No obstante, siempre hay los que parecen ciegos a los objetivos de la reunión, sordos a las llamadas de la Espiritualidad. Cultivan el intercambio como quien busca un despacho médico, una agencia de empleos, un consultorio sentimental. Asedian a los mentores espirituales con solicitudes inoportunas en torno a los intereses inmediatistas.

Si no son atendidos se apartan.

- Centro débil... Preguntó Jesús:

- *Hombre, ¿quién me puso por juez o partidario sobre vosotros?*

Dirigiéndose al pueblo:

- *Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.*

Y, usando de la habilidad de siempre, se valió de la impertinente solicitud para una preciosa enseñanza:

La heredad de un hombre rico había llevado muchos frutos; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿qué haré, porque no tengo dónde juntar mis frutos?

Y dijo:

Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repóstate, come, bebe, regóciate.

Y le dijo Dios:

Insensato, esta noche vuelven a pedir tu alma; y lo que has prevenido, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico en Dios.

Jesús aborda aquí uno de sus temas predilectos:

Las riquezas o, más exactamente, la preocupación con los bienes materiales, en detrimento de los bienes espirituales.

La ilusión se sobrepone a la realidad. Lo transitorio a lo permanente. Para la mayor parte de las personas, tomadas de auténtica miopía espiritual, la visión de la vida no va más allá de los horizontes humanos.

Saben que la muerte es la única certeza de la jornada terrestre. En algunos años o algunas décadas, todos retornaremos a la espiritualidad. Sin embargo, viven como si estuviesen en la carne, indefinidamente. Por eso, se involucran demasíadamente con valores efímeros.

El joven es aprobado en la selectividad para Medicina, en una ciudad distante. Con apoyo de la familia, se instala en un apartamento. Sin embargo, desperdicia el año preocupado en aumentar el confort de su vivienda y disfrutar de placeres – aparatos de sonido, televisor, videocasetes, mesa repleta, buenas bebidas, ligués...

Olvida un pequeño detalle:

Está allí para estudiar, no para disfrutar.

Inevitablemente irá más en las pruebas, candidato cierto a suspender.

¿Cuántas becas de estudio hemos lanzado fuera, en la escuela de reencarnación, simplemente porque olvidamos que aquí estamos para evolucionar, superando males e imperfecciones?

Muchos nada hacen, sino que trabajar para aumentar los graneros. Incurren en un milenario engaño:

Transforman el dinero, que debe ser solamente parte de la vida, en una finalidad de ella.

Pierden el tiempo persiguiendo bienes que nunca llegarán a usar, algo

¡No Peques Más!

como adquirir un supermercado para atender al consumo personal de una semana. Hay, inevitablemente, pérdidas espirituales.

La voluptuosidad por el progreso material acaba por seducir de tal forma al individuo que tiende a encarar bajo perspectivas comerciales todo lo que hace, envolviéndose, no es raro, con la deshonestidad.

Abogados astutos estimulan a clientes en potencial para reivindicar nebulosos derechos. No están interesados en promover la justicia. Piensan en grandes honorarios.

En los servicios públicos es usada la expresión acelerar, propina que se paga al trabajador encargado de dar marcha a una petición, para despachar rápido y favorable.

Hay médicos que, en consultas rutinarias, piden una batería de exámenes innecesarios. Tienen un acuerdo con los laboratorios. Ganan una comisión sobre el valor cobrado.

En la actividad religiosa, tenemos oradores que literalmente cobran peaje de los creyentes para el cielo. Es necesario pagar para que le habiliten las dadas celestes.

Personas así ganan dinero. Financieramente, quedan bien. Espiritualmente, acaban mal.

Jesús recomienda que seamos ricos delante de Dios. Una riqueza formada de valores imperecederos.

La virtud y la sabiduría, que conquistamos con el perfeccionamiento espiritual e intelectual, constituyen bienes intransferibles que nos favorecerán allá donde estemos. Esto no significa que debemos ser pobres delante de los hombres. No es “pecado” tener dinero. Podemos mejorar nuestro nivel de vida, disfrutar del bienestar, desde que observemos dos principios fundamentales:

Honestidad y desprendimiento.

Nuestras iniciativas envuelven personas que nos compete respetar.

¿Cobramos el precio justo por nuestros servicios?

¿Remuneramos adecuadamente a nuestros trabajadores?

¿Vendemos nuestro producto sin explotar al comprador o perjudicarlo en su buena fe?

¿Actuamos con justicia en nuestras transacciones? Dice, eufórico, el empresario:

- ¡Hice un excelente negocio! Compré un inmueble por un cuarto del valor del mercado. El propietario estaba “con la soga al cuello”. Necesitaba urgentemente dinero...

Buena compra, desde el punto de vista humano. Una deshonestidad delante de Dios.

No pagó el precio justo.

Se aprovechó de la infelicidad ajena. Por otro lado, no podemos olvidar que cogemos los bienes materiales de una forma precaria. No nos pertenecen. De ellos prestaremos cuentas a Dios. Por eso, podemos darnos muy bien o muy mal con nuestro dinero.

Si lo usamos para ayudar y amparar a los menos afortunados, estaremos construyendo un futuro de bendiciones. Si, nos apegamos, estaremos solamente cristalizando tendencias a la usura y a la ambición, que resultarán en amargos desengaños cuando seamos convocados a prestar cuentas de nuestra vida.

Oportuno recordar la historia de aquel hombre que fue convocado al tribunal. Preocupado, buscó a un amigo:

- Lo siento mucho, pero no puedo acompañarte. El juez es severo. No me doy bien con él. Llamó a otro:

Voy contigo hasta la puerta del tribunal. Te apoyaré, desde afuera... El tercer amigo actuó diferente:

- ¡Sin problema! Estaré presente. ¡Seré tu defensor, haré valer tus derechos! Traduciendo.

* El tribunal – la muerte.

Todos seres convocados algún día.

* El juez – conciencia.

Evaluará, con absoluta imparcialidad, nuestras acciones.

* El primer amigo – los bienes materiales.

Útiles en la Tierra. Nada significan en el más allá.

¡No Peques Más!

* El segundo amigo – la familia.

Queda con nosotros hasta el instante final, pero no nos acompaña.
Apenas nos apoya.

* El tercer amigo – las buenas acciones.

Entrará con nosotros. Hará valer nuestros derechos. Asegurará un futuro tranquilo y feliz para nosotros.

Gran amigo.

No lo perdamos de vista.

A su lado estaremos siempre bien, en la Tierra o en el Más Allá.

13.- ¿TENÍA QUE OCURRIR?

¿Y si Hitler hubiese vencido la guerra y estuviésemos bajo la tutela alemana?

¿Impensable, no es así, amigo lector?

Lucas, 13:1-9

Algo semejante ocurría con los judíos, ante la presencia de los dominadores romanos. Rechazaban tal situación. Había frecuentes rebeliones, reprimidas con brazo de hierro por los representantes del Cesar.

En una de ellas, algunos galileos fueron sumariamente ejecutados por el gobernador Poncio Pilatos. En esa misma ocasión se dio un acontecimiento en Jerusalén. Una torre se desplomó en las proximidades del estanque de Siloé. Murieron dieciocho personas.

Noticias así se esparcen como hojas al viento.

En poco tiempo, se buscó a Jesús para saber su opinión. Sorprendiendo a sus oyentes, afirmó:

¿Pensáis que estos galileos, porque han padecido tales cosas, hayan sido más pecadores que todos los Galileos? No, os digo; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho, sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que habitan en Jerusalén? No, os digo; antes si no os arrepentís, todos pereceréis, del mismo modo.

Tenemos en esas afirmaciones importante material para reflexionar.

Nos compadecemos de aquellos que mueren ejecutados, asesinados, accidentados... Cuando más extensa y grave la tragedia, mayor la conmiseración que despierta.

En el medio espírita luego viene la afirmación:

¡Grandes deudores! ¡Rescatarán débitos kármicos!

No obstante, Jesús explica que aquellos que viven esos dramas no son

¡No Peques Más!

más culpables que cualquier otro ser humano. Significa que todos podemos pasar por lo mismo.

Imaginemos sentenciados confinados en un presidio.

Actos de violencia son frecuentes allí, inherentes a la condición de los “inquilinos”, habituados a resolver sus conflictos “con puños”.

Hay violaciones, asesinatos, agresiones, mutilaciones, torturas...

Nada de eso es parte de su pena. Puede ocurrir, simplemente porque están allí. Si hubiesen optado por un comportamiento virtuoso y digno, estarían en un lugar más saludable.

Nuestro mundo no es vivienda de ángeles. Se sitúa como un reformatorio - escuela.

Es de “seguridad máxima”, como lo diría una autoridad policial. Ningún prisionero jamás consigue escaparse del planeta. Incluso cuando nos sacamos el “uniforme”, el cuerpo físico, permanecemos aquí, transferidos para el “caminar arriba”, la espiritualidad. No hay un tiempo cierto para la liberación. Depende de nosotros, de nuestro esfuerzo en favor de la propia regeneración.

Males variados que nos afligen no siempre son parte de nuestros compromisos kármicos. Son inherentes a la jornada terrestre.

Acontecen por un único motivo: Estamos aquí.

Obviamente, hay tragedias que atienden a las opciones de las víctimas, por imposición de la propia consciencia.

André Luiz, en el libro Acción y Reacción, psicografía de Francisco Cándido Xavier, nos habla de los Espíritus que, en una existencia pasada, cultivaban un pésimo hábito – tiraban a sus enemigos por los acantilados.

Siglos después, ya esclarecidos y renovados, pesaba en su currículum espiritual el registro de aquellos crímenes tenebrosos. Planearon, entonces, participar de los comienzos de la aviación, yendo a morir en un aparato que se estrelló contra el suelo, algo semejante a lo que hacían con sus víctimas.

Espíritus en pruebas, valorizaron el rescate de sus débitos como pioneros de la aeronáutica.

Hay quien se envuelve en acontecimientos trágicos no programados, aunque aceptable en el contexto de su aprendizaje. Ocurre en resultados de acciones indebidas.

Ciertamente, amigo lector, estarás pensando:

¿Cómo saber si determinadas muertes debían pasar? Difícil responder. Es asunto para el Más Allá, cuando seamos llamados a la valoración de la jornada terrestre.

Innegable es el hecho de que tragedias ocurren, no como un karma para ser cumplido, sino por consecuencia de nuestros descuidos.

* Después de una copiosa comida, en la fiesta campestre, regada de alcohol, un joven se lanza en la presa. Hábil nadador, se aparta en rápidas brazadas. De repente, comienza a gritar ayuda, debatiéndose en una violenta congestión. No hay tiempo para ayudarlo. El infeliz se ahoga.

¿Fatalidad o imprudencia?

* La fila en la caja de un supermercado es extensa. Alguien critica a la empresa, por no colocar más cajeras. El trabajador se irrita. Discuten. Se agreden. Uno de ellos, herido gravemente, va a parar al hospital y muere.

¿Llegó su hora o fue víctima de su carácter agresivo?

* Un conductor va atrasado para un compromiso. Acelera al máximo, no teniendo conocimiento de las señales de tráfico. En una curva, pierde el control del automóvil, que vuelca espectacularmente. Sufre traumatismo craneal y muere en el lugar.

¿Fin programado o mera consecuencia de la falta de disciplina?

* El joven se involucra con las drogas. Para alimentar el vicio se vuelve traficante. Resbala para el crimen. Se enfrenta frecuentemente con bandidos y policías. Acaba muerto en un tiroteo.

¿Cumplió el destino o solo cayó en el abismo que buscó?

¡No Peques Más!

* La esposa descubre que el marido montó una “adopción” uniéndose a una joven insinuante. Se exaspera, está tan enfadada que sufre un síncope fulminante.

¿Era el momento de morir o murió antes de tiempo, víctima del odio?

¿El marido, a su vez, estaba atendiendo a la inexorable llamada del destino o simplemente se comprometió con una aventura pasional?

No siempre lo funesto está programado. Ocurre por no cumplir los programas de la Vida.

Cuando Jesús enfatiza la necesidad del arrepentimiento, deja bien claro que es necesario superar ideas y sentimientos susceptibles de inducirnos a un comportamiento desajustado.

Si no lo hacemos estaremos a merced de la adversidad, como barco sin timón en el mar revuelto.

Significativa su afirmación:

- ...si no os arrepentís, pereceréis todos del mismo modo. Tenemos aquí una profecía.

Con su carácter belicoso, tantas fueron las provocaciones rebeliones de los judíos, delante del todo poderoso imperio romano, que en el año 70 el general Tito destruyó Jerusalén, no dejando piedra sobre piedra, inclusive el Templo.

En cuanto a la población, quien no huyó, murió. A partir de allí desaparecía el Estado judío, que solo volvería a existir en 1948, cuando la ONU hizo un arreglo para la creación de Israel.

En frente de su atraso moral, la Humanidad, no es raro, anda en la cuerda floja. Si durante la guerra fría, envolviendo Rusia y Estados Unidos, sus dirigentes no hubiesen tenido sentido común, podríamos haber perecido todos en una hecatombe nuclear.

El Maestro ilustra afirmaciones, diciendo:

Tenía uno una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló.

Y dijo al viñero: He aquí tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, ¿por qué ocupará aún la tierra?

Él entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala aún este año, hasta que la excave, y la abone. Y si biere fruto, bien; y si no, la cortarás después.

No es raro, guardamos esterilidad espiritual durante existencias enteras, preocupados con intereses inmediatistas, placeres y riquezas. Los benefactores espirituales nos ofrecen una preciosa ayuda. Amparan, ayudan, inspiran, orientan...

Representan el cuidado del Cielo estimulándonos a producir los frutos deseados. Pero, si insistimos en la rebeldía, en la indiferencia por los valores más nobles, presentándonos a experiencias dolorosas que agitan nuestras almas y despiertan nuestra consciencia, estimulándonos al cultivo de semillas más productivas.

Felices aquellos que corrigen sus rumbos, sometiéndose a las leyes divinas. Se habilitan a la plena protección de la Espiritualidad. Enfrentan apenas lo que está programado, sin experiencias dolorosas, consecuentes del libre albedrío mal orientado.

El tiempo pasaba...

En pocos meses Jesús encerraría su jornada, completando la gloriosa trayectoria. Haría varios viajes, aun, particularmente por las regiones de Perea.

Continuaría enseñando como podemos coger las riendas de nuestro propio destino, en medio de las posibilidades de este planeta de pruebas y expiaciones en que vivimos, según la expresión espírita. Basta cumplir la voluntad de Dios, que se expresa en la excelencia de sus lecciones.

Si lo hacemos, nunca pesará sobre nuestros hombros ni siquiera un gramo de dolores y tribulaciones, que sobrepasen la medida de nuestros compromisos kármicos.

¡Quiera los Cielos, amigo lector, seamos algunos aplicados!